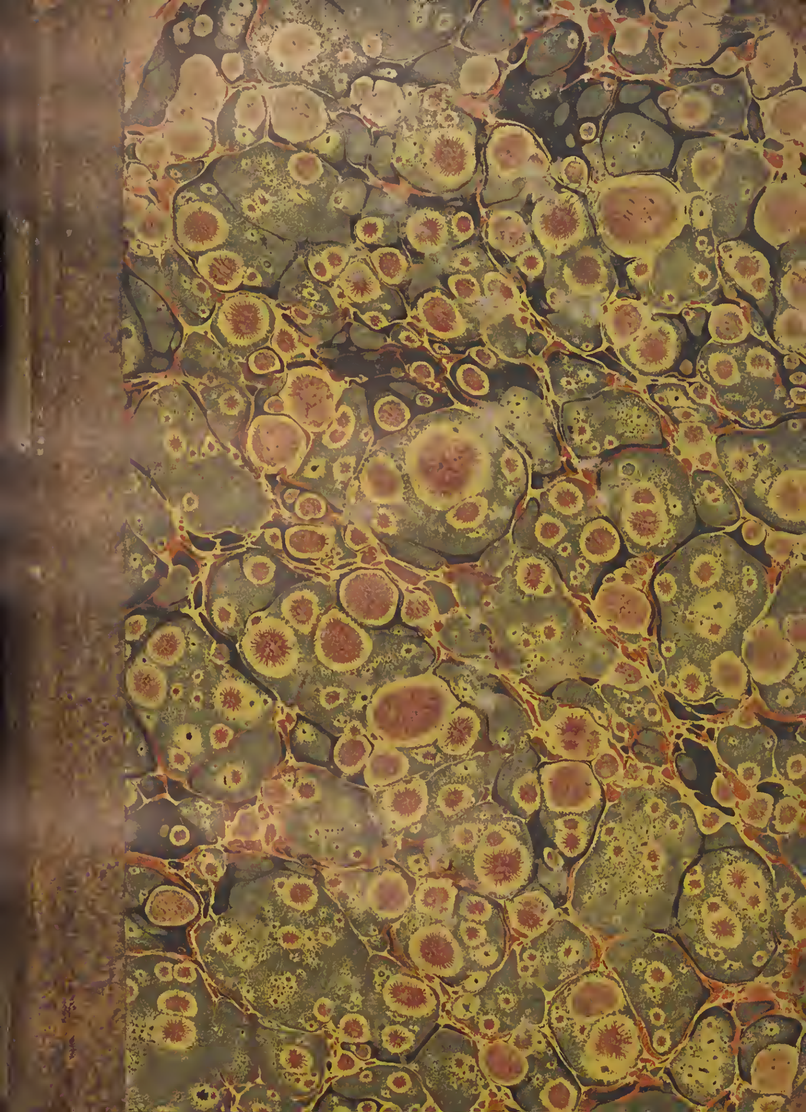
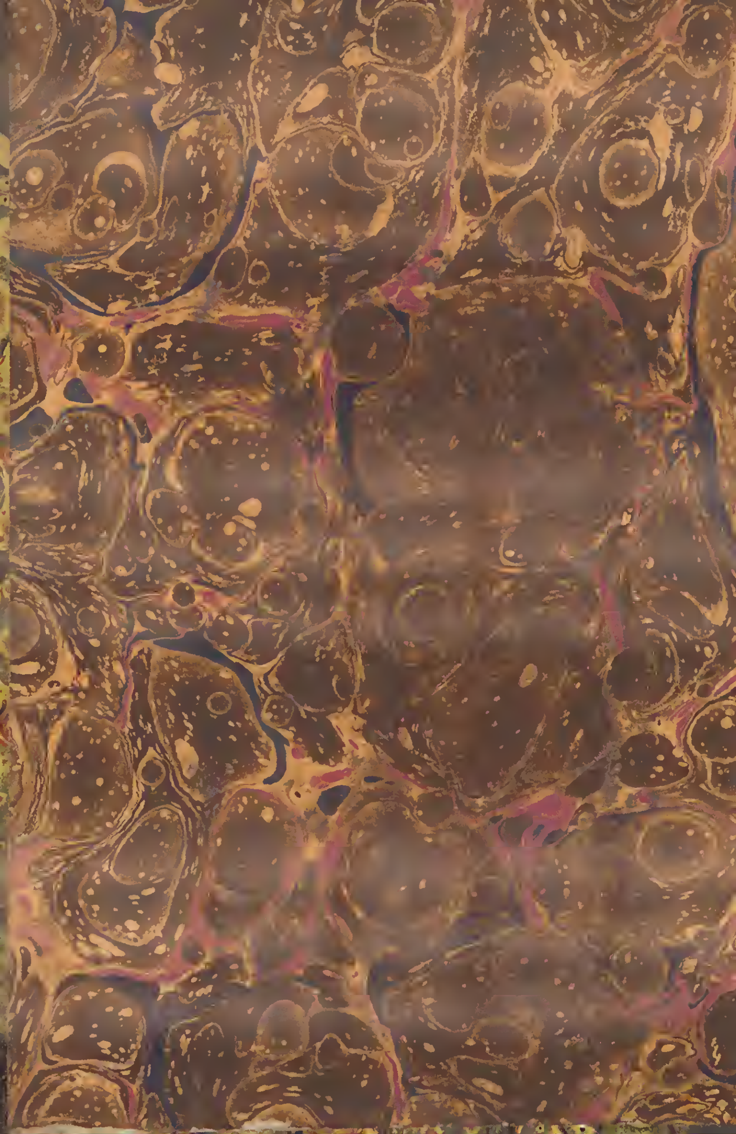
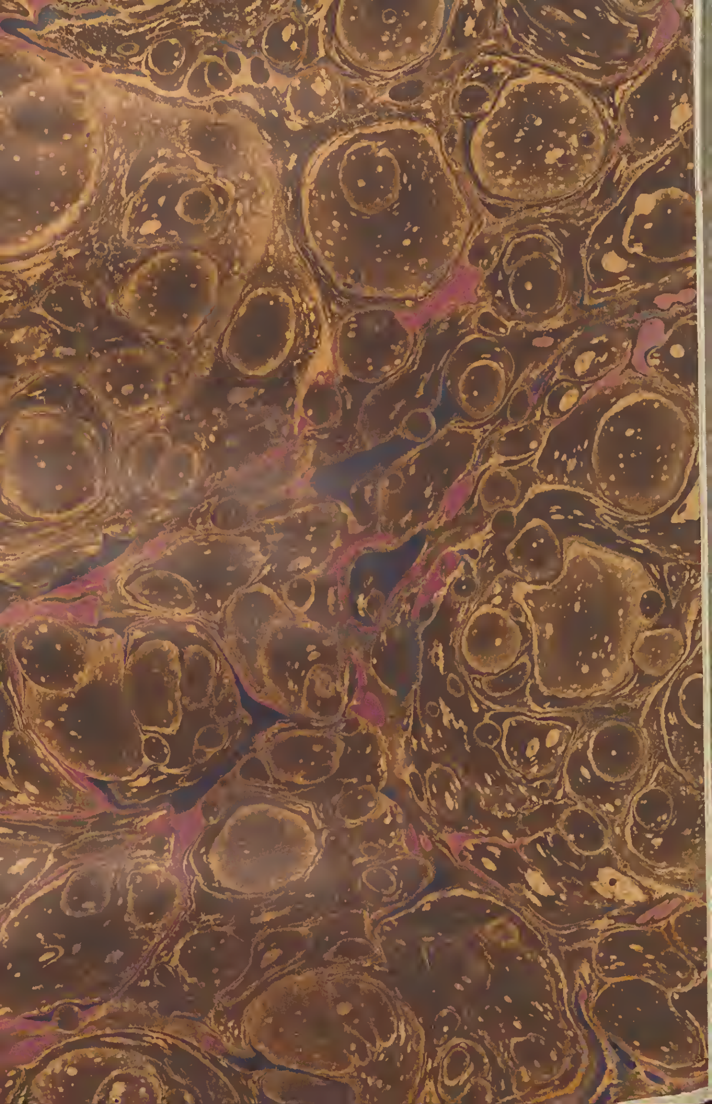






ENSAYOS LIRICOS

DE

JAVIER VALDELOMAR

y Pineda.

DEDICADOS

al Sr. D. Manuel de la Corte y Ruano.



SEVILLA:

Imprenta á cargo de D. José Morales, frente Sta. Maria de Gracia núm. 5.—Marzo de 1840.

LA POESIA.

Es la espresion de la imaginacion viva y del corazon ardiente. Cuanto mas es el fuego de éste y la viveza de aquella, tanto mayor es la necesidad de comunicar las sensaciones. Segun sean éstas, así serán los objetos á que el poeta dedique su musa. Y segun sea este objeto, así ha de ser el género de poesìa que adopte y las reglas que deba emplear.

Consecuencia de esto es la falta de verdad que hay en las composiciones de los que por ser moda se dedican únicamente á cantar á los sepulcros y á los puñales; déjense los primeros para cuando en realidad esté el vate afectado de su idea por la muerte de una persona á quien amára su corazon. Los segundos tendrán lugar, cuando los estragos que en

una revolucion causaren, esciten la indignacion del poeta.

Todos los buenos escritores deben ser maestros del que quiera saber sin espíritu de escuela; pero se sacará siempre una ventaja de preferir los nacionales á los estrangeros, porque en aquellos se encuentran à mas de la identidad del caracter y costumbres el modelo de la lengua propia; estudio tan importante como descuidado en el dia. Y con justo motivo deben los españoles preferir á los autores de su nacion, puesto que en todos géneros encontrarán modelos dignos de ser imitados. Si quiero hacer una composicion religiosa Fr. Luis de Leon me ofrece el verdadero tipo; si una en que esprese los sentimientos tiernos del amor Garcilaso y Melendez vierten la miel de sus labios ; si una sublime y de entusiasmo, Herrera,

Rioja y otros muchos; si satirica, Góngora y Quevedo: Breton en nuestros dias; y así en todos cuantos géneros pudiera apetecer encontraría modelos admirables.

Si quiero versificar con facilidad Villegas se desliza como los arroyos; si con robustéz y valentía, el mismo Herrera, Cienfuegos y nuestro contemporáneo Gallego suenan como los torrentes.

He manifestado la causa que me ha impelido á consagrar los ratos que los estudios me permiten à tan inocente objeto, y los principios literarios que adopto. La *lira* es una rosa que alhaga, con espinas que hieren. Muchos sinsabores me ha proporcionado; pero la dulce satisfaccion que esperimenta mi alma cuando empleo el tiempo que pudiera en ocios perjudiciales, en admirar las grandezas del criador ó en espre-

sar mis sensaciones con pureza y ternura, esta satisfaccion, repito, supera en mucho á los pesares que me ocasionára. ¿Y qué será, dulce amigo, cuando ademas me proporciona el consagrarte estos ensayos, como ofrenda del cariño, que sinceramente te profeso? No son dignos, lo sé, del jóven que en sus primeros años ha merecido por su talento singular y vasta erudicion ocupar un distinguido puesto en la ilustre Academia de nuestra historia; mas no es un literato, el que consagra su obra al digno anticuario, que egerce la inspeccion general de las antiguedades de Andalucía; sino un jóven que dirije su voz á otro que lo distingue con su amistad.

Podrán carecer de mérito los ensayos de la juventud; mas no de verdad sus afectos.

———

EL AIRE.

AL ECXMO. SR. DUQUE DE RIVAS.

Ora en horrendo son á tus embates
hagas temblar del orbe los cimientos;
ora por el espacio te dilates
con apacibles, dulces movimientos,
siempre grande te ostentas y sublime:
tu magestad me inspira,
y el entusiasmo, que en mi pecho imprime,
hace vibrar las cuerdas de mi lira.

Yo quisiera pulsar un harpa de oro
y ver en cada vibracion grabado
nombre eternal, que al tiempo arrebatado
de la fama el clarin lleve sonoro.

En mis versos infunde el poderío,
con que te ornó la próvida natura
y eterno con tu nombre será el mio;
mas ¡ay! la edad futura
acatará por siempre tu memoria,
y yerta sepultura
será página triste de mi historia.

Tú ofreces á la humana fantasía
el cielo, donde estrellas
esplendentes y bellas
forman esmalte de la noche umbría:
tú das vida al mortal, belleza al dia.

El azul trasparente
formas tambien en la anchurosa esfera,
que de espejo le sirve al sol luciente
donde vé reflejar su cabellera.

Del rey del esplendor subes al trono
y osado te presentas;
con arrogante tono:
«Astro inmenso, le dices,
«tú eres solo señor de medio-mundo;
«si el otro medio conquistar intentas,
«pierdes el anterior; y yo potente
«penetro en el abismo mas profundo
«y subo hasta la esfera mas luciente:
«*lleno á la vez los ámbitos del mundo*.

Un recuerdo á mi mente
presentas, de entusiasmo y gloria lleno:
en la torre coloso de Sevilla
el pendon ondeaste de Castilla
llenando de terror al agareno.

A nuestras naves el impulso diste,
haciéndolas surcar por los ignotos
mares, que con tu esfuerzo les abriste:
y por tí en los confines mas remotos
rugió el leon de la potente España:
y con guerrera invicta, y noble saña
dilatando su imperio, su memoria
y su nombre triunfante
hizo escribir con letras de diamante
en las páginas de oro de la historia.

Mil lenguas de metal tambien sonaron
y por tí sus acentos se escucharon,
anunciando á la España independencia
y dulce libertad, cuando el tirano,
que al Orbe entero subyugar quería,
vencido del esfuerzo castellano,
rindió su triunfo ante la patria mia.

Ni los ecos desdeñas de amargura,
aire sublime, ni al placer te niegas.
¡ Cuantas veces palabras de ventura
habrás llevado al corazon amante

y el pecho palpitante,
agitando à tu voz sus movimientos,
ecsalára dulcísimos acentos!

¡Y cuantas fiel amigo
recordando del triste el olvidado
nombre, que duerme en el sepulcro helado
haces sonar la fúnebre campana
y al insensato dices:
«tambien su sueño dormirás mañana."

Los primeros acentos de amor grato
escuchaste feliz de los vivientes
mas puros é inocentes,
que de un cándido niño el fiel retrato.

¿Recuerdas ¡ay! del paraiso hermoso
el dulce sueño con que Adan durmiera,
y el despertar dichoso,
mirando junto á sí la compañera;
y aquella sencillez, y la ternura
y delicados besos,
con que, sín mancha su inocencia pura,
«*tú eres hueso, le dice, de mis huesos*"?

¡Oh, cuanta gratitud te debe el hombre!
cuando contempla el alma
de la noche el silencio y triste calma
y ansiosa espera el sol de un nuevo dia,

tú formas esa aurora,
que derramando perlas y ambrosía
anuncia el astro, que los orbes dora.

Y cuando el hombre en sepulcral tristeza
se queda contemplando al occidente
arrebatar del venturoso oriente
su mas alto esplendor y su belleza,
el crepúsculo formas de la tarde,
preparando al mortal para su luto:
y eesiguiendo imperioso el muerto dia
alguna luz como feudal tributo.

¿Y has de trocar en formidables iras
tu benéfico influjo, en son horrendo
levantando tremendo
y estrellando á millares
las turbias olas de los anchos mares,
cual si el infierno con horrible guerra
amenazase al hombre y á la tierra?

¿Y el fuego del volcan tu mano airada
harà que rompa el comprimido seno
y en estruendoso trueno
al mundo llene de pavor y asombro,
tornando monumentos y ciudades,
que acatarán sumisas las edades,
en tristes ruinas y olvidado escombro?

Tambien el ronco acento
de la final trompeta
por tí retumbará, y el firmamento
esos globos de fuego que sujeta,
rotos de la créacion los fuertes lazos,
hará que se desplomen
sobre la frágil tierra en mil pedazos,
al escuchar tu voz, y transformada
en míseras cenizas
busque asilo en el seno de la nada.

Aquese es tu poder, aire grandioso:
si destructor te ostentas, yo te admiro;
y, si al mortal te muestras bondadoso,
tambien cual genio protector te miro.

Y de envidia mi triste pecho llenas,
y en ansias ardo de volar contigo,
à recibir los ecos que recibes
y de todas tus dichas ser testigo.

No los secretos escuchar quisiera
que los hombres á tí te revelaron
y el destino tal vez de Europa entera
imprudentes á tí lo confiaron.

Ni en alas de ambicion volar aspiro
à recorrer el anchurosa esfera
por conseguir efímero trofeo;

mas dulce es mi deseo:
invisible, cual tú, sondear quisiera
el tierno pecho de mi bella amada;
ver si late de amor, cual late el mio,
y si mi fuego con su fuego paga.

Do quier la sigues que su planta mueve
y cruzando tranquilo el blanco velo
con gracia agitas su cabello leve

¡Oh si me fuera dado
seguir tu vuelo osado,
y llevar mi suspiro ;
al dulce pecho de mi bien amado!



A R....

Sí, hermosa: partió el Criador
un corazon en dos séres,
y dijo luego: »el amor
júntelos encantador
con halagueños placeres.»

Porque al verte principiaba
mi corazon á latir;
y era que ansioso buscaba
la mitad que le faltaba
para poderlas unir.

Pero si un ser celestial
esa mitad recibió
¿podrá pedirla un mortal?
Sí, que hasta el Dios eternal
al ser humano se unió.

Mas ¡oh ilusion peregrina
que dichoso me arrebata!
la mente nunca imagina
bajo una forma divina
el corazon de la ingrata.

Triste pensamiento, no
turbes mi ventura asi:
deja que recuerde yo
hasta el placer que pasó
porque eterno vive en mí.

Deja que la vez primera
recuerde que la miré
del Betis en la ribera,
las flores de la pradera
aumentando con su pié.

Ví su imágen reflejada
del Betis en el cristal,
y á la celeste morada
levanté mi vista osada
buscando el original.

Mas un angel ¡oh portento!
la tierra glorificaba;
escuché su dulce acento
y ansioso el pecho anhelaba
bever su nítido aliento.

Sonó su voz melodiosa
y el pecho principió á amar:
que los làbios de una hermosa,
son las alas dó reposa
el amor para volar.

Desde entonces en mi mente
su imágen quedó esculpida;
velada á todo viviente,
que para mí solamente
dióle el pensamiento vida.

Grato fué entonces mi sueño,
que espejo celeste fué,
donde un porvenir risueño
tras de un presente halagueño
estasiado ¡ay Dios! miré.

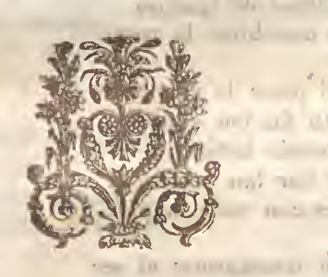
¿Y tú inconstante natura,
has de poder envidiosa
arrebatar su hermosura?
Si te llenas de tristura
cuando marchitas la rosa,

Si al pasar la primavera
queda tu faz tan sombría,
¿no llorarás lastimera
cuando flor tan hechicera
arrastres con saña impía?

Si tú transformas el ser
para aumentar su esplendor,
no llegues nunca á esa flor:
que à dar belleza mayor
no alcanzará tu poder.

Ni separarla te es dado
un solo instante de mí;
porque mi objeto adorado
està en mi pecho grabado
y tiene su altar allí.

Ni la puede separar
abismo ni firmamento:
que la tierra, el cielo, el mar,
puede á su cetro ligar
el osado pensamiento.



A LA PRIMERA MISA

DEL

Sr. D. José María Alonso y Elena,

celebrada en S. Felipe Neri

el dia de S. Pedro de 1838. (1)

Yo miro un pueblo que en tropel se arroja
con devoto fervor al templo santo:
y el religioso canto,
y la voz de la fé por la campana
convocando á los fieles,
solemne anuncia la piedad cristiana.

(1) El autor que en todas sus producciones necesita la indulgencia del público, la reclama mayor en esta, por haberse visto comprometido á hacerla en el corto espacio de pocas horas.

Entro tambien para humillar mi frente
ante el Dios del inmenso poderío,
y un pueblo con silencio reverente
le ofrece humilde su tributo pio:
y el incienso que sube
de Dios al trono en perfumada nube:
y mil luces tambien de blanca cera
cercando el sólio santo,
que la corte de justos pareciera,
ardiendo en fuego del amor divino,
de respeto y temor llenan al hombre,
y le anuncian piadosos su destino.

=Mas ya tanto esplendor, la sobrehumana
elocuencia descifra
del célebre orador, de Cascallana.

«Acércate á el altar, dice, y ofrece
al Dios de la piedad el sacrificio,
que tanto beneficio
al sacerdote concederle plugo,
cuando el hombre entre míseras cadenas
del tirano Luzbel sufriera el yugo."

=Alonso, caro amigo, ya tu nombre
escribe el dedo del Señor potente,
cual de Melqchsedek hijo querido,
en el eterno libro de su mente.
Allí siempre has vivido

por él predestinado,
para ser la columna en este dia
del templo, que su sangre ha edificado.

=Yo miro conmoverse el firmamento
y entre luces salir una luz pura:
y en blando movimiento
conducida en las alas de querubes
atravesar las nubes
descendiendo á la estancia religiosa;
y cual paloma que á el Jordan bajára,
y en la cabeza del Creador posára,
así, mi amigo, en tu cabeza posa.

Recíbela cual don del alto cielo:
esa luz que te ofrece bondadoso,
es la gracia de Dios, que te ilumina
y al templo suntuoso
por nuevo sacerdote te destina.

=Vió el Gólgota en su cumbre levantarse
de salvacion el anhelado emblema
y el santo sacrificio consumarse.

¿Mas solo ha de mirarlo
aquella gente impía,
que en vez de agradecerlo repetia:
«si eres hijo de Dios como dijiste,
bájate de la Cruz; si no, mentiste?"

No mortales, que Cristo bondadoso
al hombre quiso dar la última prueba,
legando cariñoso,
para la edad futura,
el sacrificio de su sangre pura.

Cuando la voz del cielo le llamaba
y el padre lo aguardaba
para sentarlo á su potente diestra,
sus amigos llamó, y en dulce acento
sus labios pronunciaron
la pájina mejor del testamento.

Despues de renovar su sacrificio
grandioso siempre, aun cuando no cruento,
«haced en mi memoria
esto, les dijo" y de la eterna gloria
bajaré del mortal para consuelo
y en esta humilde tierra
el monarca estará del alto cielo.

Ministros del altar, reyes é imperios
humillen su cervíz y su altiveza,
y rindan esos anchos hemisferios
ante vos su poder y su grandeza.

Vosotros verdaderos soberanos
pronunciando palabras misteriosas
poneis la gloria en vuestras propias manos.

Esa sangre que Cristo ha derramado
no basta solo á desatar al hombre
los lazos del pecado ; (1)
mas vosotros ministros en su nombre
derramando las gracias del Eterno
le dais vida al mortal, muerte al infierno.

Si la Iglesia se eleva sobre el monte,
como inmenso fanal que alumbra al mundo,
para ofrecerle un célico horizonte,
vosotros sois la piedra en que apoyada
dejó Dios esa iglesia magestosa:
y en vosotros reposa,
mientras mas combatida, mas segura:
humilde la acató la edad pasada,
y así la acatará la edad futura.

Mas tanta elevacion, tanta grandeza,
no llegue á envanecerte caro amigo:
mayor sea tu pureza,
mientras mas grande aparecer quisieres
á los ojos de Dios; y cuando fueres

---

(1) *La sangre de Cristo bastó para salvar al género humano; pero quiso Dios que se aplicase su mérito por medio de los sacramentos conferidos por los sacerdotes; y en este sentido digo aquí que no basta.*

á su cuerpo tocar, tiemble tu mano,
tiemble tu corazon, si eres profano.

¡Ay del mortal, que con su mano impura
al trono del Señor llegue atrevido!
resonará en su oido,
sentencia amarga de su horrible suerte,
y al ofrecer á Dios el sacrificio,
en vez de estar propicio,
dirá con voz tremenda
«no quiero recibir tu impura ofrenda.»



A LAS BELLAS SEVILLANAS. (1)

Venturoso este Liceo
une del arte y natura
tanta belleza, que creo
es un celeste Museo
por su gala y hermosura.

Bello es el lujo, que ostenta
el artista en sus primores:
eternos son, ó pintores,
los lienzos, que nos presenta
vuestra mano, y sus colores.

(1) *Composicion leida en el liceo de esta Ciudad la primera noche que las señoras lo amenizaron con su asistencia.*

Pero mas divinas son
estas bellas, y no miento,
que natura con razon
para ellas dió el corazon
pára el arte el pensamiento.

El arte acaso ofendido
desprecie mi parecer,
y me diga resentido,
que en sus obras va esculpido
el signo de eterno ser.

Mas si natura rescata
à las bellas que formó,
y su lindeza maltrata,
de embidia las arrebata
que al arte nunca envilió.

Las hermosas de Sevilla
llevan por signo «vencer"
que del Betis en la orilla
todo corazon se humilla
acatando su poder.

Su sonrisa encantadora
es primavera de amor,
y el carmin que las colora
de las tintas de la aurora
les ha cedido el Criador.

Sus ojos de bendicion
arrojan inspiraciones
y sus movimientos son
otras tantas vibraciones
que agitan el corazon.

Y puso el astro del dia
sobre este suelo andaluz
su asiento del medio-dia
porque reflejen su luz
las bellas de Andalucía.

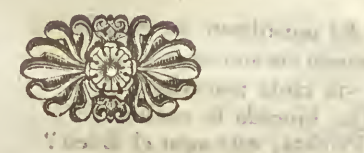
Así como en el luciente
diamante alegre refleja
porque es puro y esplendente,
así con gozo en la frente
que al diamante se asemeja.

El musulman en Sevilla,
cuando coronó su sien
y vió tanta maravilla,
dijo, hincada la rodilla:
¿Profeta, está aquí el Eden?

Dijiste bien musulman,
que este es un Eden, un cielo;
los ángeles que aquí están
por todo un Dios se nos dan
como signo de consuelo.

Son hermosas sin igual
y cuando logro mirarlas,
maldigo el mundo ideal
que me robó por mi mal
momentos de contemplarlas.

La corona laureada
busque un vano trobador;
mi frente mas bien ornada
será con una mirada
que en ella fije el amor.



EL PENSAMIENTO. [1]

Divina inspiracion, haz que en mi mente
el fuego brille, que la senda allana
de la inmortalidad, y que potente
mi nombre llegue hasta la edad lejana.

Ofréceme un objeto, que grandioso
eterno viva, cuando el orbe muera,
y ante tus aras me veras gozoso
rendir mi vida en su ilusion primera.

«Canta, dice, al sublime pensamiento"
la inspiracion desde elevada nave,
alígera cruzando el firmamento
con las celestes alas del querube.

¿Y hará que suene mi temblante lira
quien dió principio à mi eternos males?
¡Horror tan solo su memoria inspira!
martirio es el pensar de los mortales.

(1) *Composicion premiada por la sociedad económica de esta Ciudad.*

¿Porque en la edad feliz que goza el hombre
natura no le ofrece el pensamiento?
Porque en su infancia el mundo no le asombre
y á la nada tornar quiera al momento.

O tal vez porque un alma necesita
como él grandiosa dó abrigarse pueda.
Cuando uno mismo sobre sí medita
duda en el corazon siempre le queda.

El pensamiento vuela por los mares;
gira tambien por la anchurosa esfera;
sube del Dios inmenso á los altares,
y á mas llegára, si mayor hubiera.

La edad pasada que al olvido corre,
la edad futura con su denso velo,
al traves de los siglos las recorre:
nada sujeta su potente vuelo.

Cual segundo Creador mil séres crea;
las artes funda; las esferas mide;
y ante la inmensidad que le rodea
parece el génio que su ser preside.

Grande y sublime: el pensamiento es bello:
el hombre en el pensar á Dios semeja;
de la Divinidad es un destello
que luciente en las almas se refleja.

Sin él de nada la creacion del mundo
à la gloria de Dios servido hubiera:
el barro sin el soplo fuera inmundo:
ni al Creador ni á sí mismo conociera.

Eterno es como Dios, siempre ha existido
puro y grandioso en su divina mente
la nada en existencia ha convertido
el sublime pensar de un Ser potente.

Y si una religion consoladora
aun en la misma muerte nos dá vida,
el pensamiento la recuerda en hora
que triste el hombre hasta su ser olvida.

Yo te bendigo como don del cielo,
génio de la creacion; y tú grandioso
la estrella pisas á la par que el suelo,
cual del Apocalípsi el gran coloso.

Destruccion en los seres vá grabada,
desde su infancia el hombre la respira,
todo cual humo se hundirá en la nada;
el pensamiento á eternidad aspira.

¿ Sin tí que fuera el inmortal Cervantes?
Polvo de un hora, destruccion de un dia,
coloso ya se ostenta entre gigantes:
gloria es contigo de la patria mia.

Cuando grabe en eternos caracteres
un grandioso y sublime pensamiento,
la mansion abandone de los seres,
tu voz ¡oh muerte! escucharé contento.



En el album de la señora

Doña Teresa Dominé de Lerdo.

A LA TORTOLA.

¿Porqué en ese valle,
contínuo gimiendo,
al Sol ves naciendo,
y al Sol ves morir?

Tú que eres emblema,
de tiernos amores,
¿es justo que llores?
Dí, tórtola, dí.

Serà por ventura
tu ¡ay! lastimero
que amor verdadero
sin llanto no está?

Tu tierno consorte
responde al gemido,
y acude á tu nido
llorando á la par.

Y en tiernos sollozos
amor se derrama;
es dulce á quien ama
su llanto verter.

Yo amante te envidio
¡oh tórtola triste!
pues siempre tuviste
consorte tan fiel.



EL POETA.

Soneto inserto en el album del Sr. D. Joaquin Maria Sanchez.

En el bello ideal de la natura
mora un ser misterioso, cuya mano
escribe al porvenir, y dice ufano:
«mi vida acaba; mas mi nombre dura."
Penetra luego de la edad futura
con vuelo audaz el insondable arcano:
al abismo desciende; al soberano
trono de Dios se eleva su alma pura.
Naturaleza es grata, si él le ofrece
dones sublimes de su mente inquieta;
aun al grande Alejandro lo engrandece,
Pues la fama á su lira está sugeta;
el cielo con su canto se embellece:
y este ser, ¡oh mortal! es el poeta.

POESIA RELIGIOSA.

La manifestacion del Señor,

DEDICADA AL CELEBRE ORADOR, CANONIGO PENITENCIARIO DE CORDOBA DON JUAN NEPOMUCENO CASCALLANA.



¿Esa voz que me aterra
es la que conmovía
el alto Sinaí con fuerte estruendo
y con fuego y tronido estremeciendo
al Israelista pueblo, anunció un dia
que el potente Señor de cielo y tierra
á dar ley inmortal descendería?

¿O es la que suene en el postrer momento
del orbe en los confines retumbando
y al hombre despertando
de aquel sueño que eterno pareciera
le anuncie que el Potente
lo aguarda como juez en la alta esfera
inexorable á ser, cual fué clemente?

¡Ah losa sepulcral no te levantes:
estréchenme en tu seno duros lazos:!
pero débil poder, no son bastantes;
si de Jehovà retumba
el ceo fuerte, aun la marmórea tumba
sus duras piedras desharà en pedazos.

¿Mas dónde al pecho mio
su agitacion y su terror conduce;
no es el acento pío
del sacrosanto templo
anunciando al Señor, ese que suena?

¿Y qué pecho no llena
de temor religioso, cuando luce
de un Dios la gloria ante el mortal impío?
el justo solamente no temiera
la presencia de Dios ¿y quièn llamarse
justo en el mundo con verdad pudiera?

Tiemblo, mi Dios, cuando con ceño airado,
estendiendo tu diestra, pienso verte
fulminando al pecado
sentencia de eternal y horrible muerte.

Pero ¡ay Señor! que à los cristianos pechos
posible es todavìa
en lâgrimas deshechos
aplacar tus enojos;

del rayo de justicia apaga el fuego:
mira abrasar las lágrimas mis ojos
y si puedes, Señor, castiga luego.

Aun tiempo es de piedad, aun no es llegado
de justicia terrible el dia postrero:
en él te ostentarás cual juez severo;
mas hoy al prosternado
pueblo, aparezca derramando dones
el inocente y cándido cordero.

=Ya el sácro velo á descorrerse empieza
del preste al canto, del incienso al humo,
de las torres y el órgano al sonido:
y al ver tanta grandeza
mi pecho confundido
el labio sella y te contemplo absorto
en la miseria de mi ser hundido.

Pero si el alma teme, el pecho anhela
sentir que bondadoso
¡oh Dios! bajas del cielo
à dar dulce consuelo
al hombre triste, que te espera ansioso.

Sí, Dios de magestad, tu escelso trono
ora en la tierra està; yo no te veo;
pero qué importa: ¿se conmueve en vano
el duro pecho al pecador cristiano?

Mi sangre en sostenerlo derramára
con ardiente deseo :
á mis ojos el crédito negára;
mas mi pecho lo siente y yo lo creo.

El terror religioso
la admiracion y amor á un tiempo mismo
se difunde en mi pecho : poderoso
es el influjo que interior me agita :
y ya en el hondo abismo
mi triste pensamiento precipita,
y ya con raudo vuelo
busca tu sólio, traspasando el cielo.

¿Tu presencia, Señor, que no conmueve?
Yo he visto los soberbios y anchos mares
sus olas arrojando á las estrellas :
destructoras centellas
sobre la tierra mísera à millares
ví desplomarse entre el tronar horrendo :
y al huracan tremendo,
con bramido iracundo,
abrasando los círculos polares
cimbrar el eje colosal del mundo.

Lo vi tranquilo con serena frente;
superior á los astros me creia;
mas tu grandeza ¡oh Dios omnipotente!
hunde en el polvo la soberbia mia.

¿Y cómo el hombre vive
y levanta su vista, cuando inmensas
pruebas de amor de tu bondad recibe,
é ingrato corresponde,
su alma cubriendo con las nubes densas
de la infame impiedad: ¿decidme dónde
impuro el crímen ocultarse pueda?
Ni en el abismo, ni en la tumba queda.

Dios lo ha visto, temblad; mas bondadoso
en lugar de olvidaros
viene á vosotros, sí, viene á buscaros;
implorad ¡oh mortales! Su grandioso
rasgo de amor para vosotros sea
fé, caridad, y la esperanza ardiente.

¡Maldito el hombre, que insensible vea
lo que hasta el tronco inanimado siente!

Ese amor y piedad es el rocío
que consuela, Señor, á los mortales:
entre nosotros vive, sí, Dios mio:
alivie el alma sus profundos males.

¿Y qué te has de ocultar? cuando el Sol llega
á rasgar con su paso el horizonte
y á sombras tristes al mortal entrega,
¿has de desparecer, ó Sol del cielo?
deten, deten el vuelo,

ante tu pueblo está: que el pueblo triste
que vió en su seno tan inmensos bienes
sin tí no puede estar, sin tí no existe;
mas ¡ay! no te detienes,
te ocultas á su vista, y él ansioso
con la vista te sigue: ¡ah! si dichoso
contigo me ocultára,
y á la mansion dónde tu asiento tienes
venturoso volára!

Si tanta dicha conseguir no es dado,
en la esperanza al menos
quede mi corazon, ¡oh Dios! bañado:
y, como el Sol al acabarse el dia,
un crepúsculo deja al alma mia.



MENSAJE DEL CISNE. (1)



Un suspiro de amor lleva en el ala,
Cisne, que llegas, dó llegar no puedo:
díle que el pecho con dolor lo exhala:
díle lo triste que en su ausencia quedo.

Y si á esta pena que ninguna iguala
yo desdichado la existencia cedo,
que vuelva, dí, sobre mi losa fria
ese suspiro que mi amor le envia.

---

(1) Este juguete se hizo cuando se publicaba el periódico de este nombre.

En el album de la señorita de Nandin.

¿A admirar la maravilla
viniste, señora, dí,
de la opulenta Sevilla,
que es la reina de esta orilla,
ó á que te admiren á tí?

==((o))==

Los sensibles corazones
admirarán lo segundo:
que las humanas creaciones
no compiten con los dones
que te dió el cielo fecundo.

==((o))==

Grabada está tu memoria
no en versos de un trovador,
que son muy poco à tu gloria;
sino en las almas, que amor
escribe en ellas su historia.

==((o))==

EPIGRAMA.

« Menos versos y mejores,"
dijo un poeta moderno,
«que hay, *vive Dios,* un infierno"
de *malditos* trovadores."

«Es preciso desterrar
este abuso," prosiguió;
y otro dijo, que le oyó :
«á usted toca comenzar."



SONETO.

AL SOL EN ORIENTE.

Al fin, ó Sol, tu apetecida aurora
templar consigue las congojas mias;
y ese rayo primero que me envías
al pecho ofrece la ilusion que adora.

Llegó la ansiada, la felice hora,
que luzcas en Oriente, cual lucías:
clávate en él, y con inmensos dias
sácia la sed de luz que me devora.

No abandones jamas el grato Oriente
si las penas saber puedes acaso
que triste apuro cuando estás ausente.

Si no me escuchas y tu eterno paso
dirijes, por mi mal al Occidente,
arrástrame contigo hasta el Ocaso.

DESENGAÑO.

En el album de la Sra. Doña Emilia Cueto.

Goza esos dulces amores
morena del lindo talle,
que yo entre las gayas flores,
escucharé los clamores
de las tórtolas del valle.

De otro feliz amador
corona, ingrata, la sien,
y del triste trovador
paga el encendido amor,
con un amargo desdén.

Cuando tierno te ofrecí
mi amor y la vida mia,
un suspiro te pedí;
y ni un suspiro por mí
llegó á lanzar tu alma fria.

¿Ves cuán grato es el lucero
que se ostenta matutino,
y anuncia el rayo primero
del sol, que aguarda el gilguero
para comenzar su trino?

¿Ves ese sol refulgente
que hace perlas y rubíes
del rocío transparente,
y enseña el matíz naciente
de los bellos alelíes?

¿La florída primavera
miras tambien que engalana
el soto, el monte, y pradera,
y trae de tierra lejana
la golondrina parlera?

Pues en mi pasion fogosa
sol, primavera y lucero
perdiera mi alma gustosa,
porque tierna y cariñosa
me hubieras dicho: «te quiero.»

Mas no en eternal tristeza
exalaré mi gemido:
que si dió naturaleza,
el desdén á la belleza
dió al corazon el olvido.

Buscaré el risueño prado;
el murmurio de la fuente,
el dulce acento acordado
de las aves; y estasiado
veré la aurora naciente,

¡Qué grata es la soledad,
creadora naturaleza!
en ella hay felicidad,
como en tí sublimidad,
como en tus obras belleza.

Allí Newton concibió
un pensamiento profundo;
el Taso en ella cantó;
y el gran Virgilio arrojó
un libro coloso al mundo.

En ella quizás mi mente
logre feliz algun dia
una creacion eminente,
que orne con lauro esplendente
mi nombre en la tumba fria.

O al menos de la segura
quietud podré disfrutar,
y en las obras de natura
tranquilo y con *alma* pura
al Dios eterno alabar.

Sí, soledad: en tu seno
quiero tranquilo vivir:
vierta el amor su veneno
en otros; que yo sereno
de su astucia hé de reir.

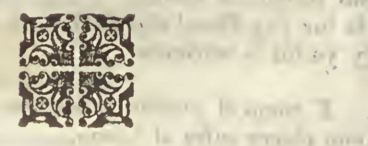
Asi necio discurría
sin ver que amor se burlaba.
cuando libre me creia
aguda hirió el alma mia
una flecha de su aljaba.

Inadvertido miré,
ví la frente de una hermosa,
mi propósito olvidé;
la luz ¡ay Dios! ella fué!
y yo fuí la mariposa.

Y como el pueblo indolente
con placer sufre al tirano,
sin que conozca su mente
la risa que el labio miente
ni el puñal, que está en su mano:

Así del amor rendido
sufrì con placer el yugo:
¡vive Dios! que no habré sido
el primero que ha creido
protector á su verdugo.

Cupido alegre ponia
en sus aras una flor,
y risueño me decía :
«busca la filosofía
si es mas grande que el amor."



LIBIA,

ENSAYO DRAMATICO

en tres actos y en verso, original

DE

Javier Valdelomar y Pineda.



Sevilla 10 *de Diciembre de* 1839.

PERSONAGES.

Diogeniano gobernador de Sevilla.
Teofilo.
Líbia.
Marcos.
Elia.
Macario.
Un anciano.
Otro anciano.
El Secretario de Diogeniano.
Dos centuriones.
El Carcelero.
Soldados y gentes del pueblo.

La escena es en Sevilla el año 287 de la Era Cristiana.

Sr. D. Francisco Flores Arenas.

Si el mérito de una obra hubiera de ser correlativo al de la persona á quien se consagrára, me vería siempre privado del placer de ofrecer á V. esta prueba de mi amistad; mas como por el contrario en casi todas las obras, procura el autor poner á su frente un nombre que las honre, me he persuadido que el de V. llenaba este objeto cumplidamente, al par que ofrecía á este su mejor amigo una ocasion de recordarle su sincero é invariable aprecio.

B. L. M de V.

Javier Valdelomar y Pineda

MI PENSAMIENTO.

Al ensayar mis escasos talentos en la dificil, pero interesante, literatura dramática, no me propuse seguir el gènero. á que llaman *romántico*, ni adoptar el que se conoce con el nombre de *clásico*. Tan ridículo creo el empeño de despreciar las reglas, como absurdo el sujetar à ellas servilmente pensamientos, que no lo permiten sino de un modo inverosímil, ó desechar asuntos grandiosos, cuando no se avienen con esa sujecion. Concebir un asunto interesante y sublime; buscar personajes propios que lo desenvuelvan; hallar situaciones que lo realcen, es lo primero, que se ha de proponer un autor; las formas con que se ha de desempeñar son consiguientes al objeto mismo. En una palabra, las formas se han de acomodar al asunto y no por el contrario.

El que he escogido para este ensayo es grande, á mi parecer, y es original sin duda; ¿ pero lo habré desempeñado segun su grandeza merecia ? Seguramente no. Ni mis débiles luces, ni mis

escasos conocimientos alcanzan á llenar la dificil perfeccion de una obra dramàtica; pero sírvame de disculpa ser el fruto primero de la edad de veinte y un años. Tengo al menos la satisfaccion de que hay en mi drama un pensamiento moral: cosa que si tan necesaria ha sido en todos tiempos, lo es aun mucho mas, en una época que por desgracia, han difundido la inmoralidad en sus obras, autores que han juzgado equivocadamente que para *marchar con el siglo* es preciso ser inmoralmente DESPREOCUPADOS. «La despreocupacion, dice el célebre Fígaro, es la primera preocupacion de esta época."

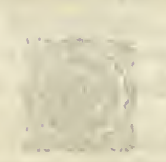
Pero tal vez (lo digo con sentimiento) este mismo pensamiento moral sería causa de que si se ejecutase en el teatro, no tuviera igual éxito que otros dramas, que han seguido el rumbo contrario. Así me lo han manifestado varios amigos y algunos actores; lo cual me ha retraido de que lo ponga en escena. Al imprimirlo no tengo ese reparo, porque sé que las personas que leen son ilustradas, y en mi concepto, no hay ilustracion sin moralidad.

Con respecto á las formas, pertenece este ensayo á los *clásicos*, porque guarda las unidades de lugar, tiempo y accion: el recinto de una Ciudad es su término; veinte y cuatro horas su espacio. Pertenece á los *románticos*, en cuanto á la variedad de metros que hay en sus escenas,

y en el movimiento de su accion. Esa variedad la creo indispensab'e para la verosímilitud; porque si los interlocutores no son todos (como en las tragedias de los griegos) de las clases gerárquicas, es claro, que con distinta sublimidad ha de hablar un rey en su trono, que un carcelero en sus mazmorras. Y ademas porque las afecciones del alma son muy diversas.

Si el público acoge benigno mis primeros trabajos, tal vez pueda un dia, animado con su indulgencia of.ecerle otros menos defectuosos.





JORNADA PRIMERA.

El teatro representa una habitacion de la casa de Élia decentemente amueblada.

ESCENA PRIMERA.

LIBIA Y ELIA.

Lib. El Bétis ¡ay! en su corriente lleva
ya toda mi esperanza.
Eli. ¿Y vuestra mente
esperanza mayor y mas inmensa
no concibe al traves del ancho espacio
cuando hasta el trono del escelso llega?
Lib. Esa tan solo de mi pecho ardiente
la sed de gloria, con su gloria templa:
bastarme debe; pero ansiosa el alma
veloz corriendo por la humana esfera,
al contemplar de un trono lo sublime
la accion del héroe, que en la fama vuela

ó del pueblo que indómito su frente
antes al fuego que al tirano entrega,
me dice con un grito penetrante
«tal vez tu cuna à su esplendor esceda."

Elia. No la ambicion exalte, Libia amada,
el pecho del cristiano.

Lib. ¡Ah! no: no es esa —
la víl pasion que mi entusiasmo escita;
solo admiro del alma la grandeza
que no sabe ceder; que los peligros
constante arrostra y con valor desprecia;
que á las grandes acciones generosa
fuerte se lanza, y fáciles encuentra.
Cuando recuerdo la inmortal Sagunto
osada contrastando la soberbia
y el poder de Cartago, lás murallas
siendo sus hijos en la atroz pelea,
y antes que Annibal su cervíz humille
digna tumba buscando en las hogueras;
ó al recordar los hechos portentosos
de Alejandro, Escipion, ó Julio César,
mi pecho late con vigor, se inflama...
y descubrir su nacimiento anhela
juntó al làuro del héroe y sus troféos
para seguir sus inmortales huellas:
que aunque débil muger, mi pecho escede
el ardor varonil y su nobleza.

Elia. La humildad, que es la enseña del cristiano
nunca ese fuego y entusiasmo aprueba.

Lib. ¿Y quién mas héroe, que el cristiano invicto?
El que sus lares y sus bienes trueca
por los tormentos y la horrible muerte
¿no es el héroe mayor que hay en la tierra?
El mártir que luchando con natura
vence y le arranca la aureola eterna
¿no está lleno de fuego: de ese fuego
que corre y se dilata por mis venas?
Elia. El sácro fuego, que la gracia solo
puede infundir en los mortales, sea
el que tu pecho de entusiasmo inunde
y el corazon y el ánimo enardezca.
Ese desde tu infancia he procurado
indéleble grabar en tu alma tierna
y aun cuando no te diere humanos dones
el cristianismo darte por herencia.
Como á sus altos fines convenía
el dedo del Señor mostró la senda
cuando quiso á las tristes catacumbas
llevarte para ver la luz primera;
al escuchar tu llanto enternecida
te recibí con gozo, cual ofrenda
que al Cielo mereciese, y en mis brazos
mil veces te estreché, cual madre tierna.
Lib. Deja que agora estreche entre los mios
à la que debo aun mas que la existencia:
y que tu mano con mi llanto inunde
llanto de amor y gratitud eterna.
Elia. Solo tu afecto exije el alma mia

y en él alivio mi vejez encuentra;
si alguna cosa hice por tí, la olvida;
de mis consejos nada mas te acuerda.
Lib. Oyes ese rumor?
Etia. Parece estruendo.
de confuso tropel.—Creo que se acerca.

ESCENA II.

═«o»═

LIBIA.

Sí: generosa muger,
ellos y mi gratitud
eternos habràn de ser;
que del alma, agradecer
es la primera virtud.
Mas ¡ oh Cielo ! del bien mio
los pasos escuchar creo. *(Se asoma y vuelve.)*
¡ Vana ilusión ! ¡ desvarío !
que muere como el rocío
y solo vive el deseo.
Dios de piedad, no te ofenda
mi profana adoracion :
quita á sus ojos la venda
y te daré por ofrenda
de entrambos el corazon.

Joya preciosa que el Cielo *(mirando unos pergaminos.)*
á los mortales legó:
en tus páginas consuelo
encuentre mi triste anhelo,
si encontrarlo puedo yo.

(Lee.) «La ira de Dios descargará sobre toda la impiedad é injusticia de aquellos hombres que tienen aprisionada injustamente la verdad de Dios... porque habiéndolo conocido, no lo glorificaron como á Dios, ni le dieron gracias; sino que ensoberbecidos devanearon en sus discursos y quedó su insensato corazon lleno de tinieblas."

Esas tinieblas, Dios mio,
de su pecho, disipad
con vuestro gran poderío;
porque si el hombre es impío
inmensa es vuestra bondad.
Y si el rayo ha de caer
de divina indignacion
esta infelice muger
pueda la víctima ser
propicia de su espiacion.



ESCENA III.

==«o»==

ELIA *(sale precipitada)* Y LIBIA.

Elia. Ocúltate: huye al instante:
tu vida y mi vida salva.
Lib. Pero, decid: ¿qué peligro
vuestra existencia amenaza?
Elia. Soldados por todas partes
cercando están nuestra casa:
por tí preguntan ¡ó cielo!
escóndete hija del alma.
Lib. Sosegad por vos tan solo
mi corazon se agitaba;
que yo ni temo al peligro, *(suenan golpes*
ni me asusta la desgracia. *queriendo abrir*
una puerta.)
Sold. Abrid esta puerta al punto *(desde afuera)*
ó la abrirán nuestras lanzas.
Lib. Id: la conciencia tranquila
dá en el riesgo confianza.

ESCENA VI.

==«o»==

LAS MISMAS Y SOLDADOS.

(Estos se detienen un poco al entrar sorprendidos por la belleza de Libia.

Cent. ¡O cuán hermosa muger!

Es difícil comision
á quien prende el corazon
venir, Señora, á prender.

Elia. ¡Prenderla! ¿porqué? ¡Hija mia!
antes me harán mil pedazos
que la arranquen de mis brazos.
Es inocente.

Cent. Me envia
con encargo tan fatal
Diogeniano, y es preciso
obedecerle sumiso
aunque sea por mi mal.

Elia. ¿Y ha de ser por un tirano
la Bética desolada?
¿Y no hay una noble espada
contra su poder insano?

Lib. No todos los siglos nace
un Bruto, ni un Colatino.

Sold. Cumpla luego su destino
que á los Dioses satisface.

Lib. Cumplidlo pueblo romano *(como inspirada y llena de entusiasmo)*
que el orbe de sangre inunda
y sobre la sangre funda
su imperio injusto y tirano.
La señal de destruccion
temed, que en region ignota
nacerá de cada gota
de esa sangre una legion.
Y acudirán á millares

cual si trompa universal
los llamase en vuestro mal
á confundir vuestros Lares.
Y para mayor vergüenza
el centro de ese poder,
Roma la invicta, ha de ser,
la misma que lo convenza.
Sus murallas se hundirán
y ruinas del gentilismo
al génio del cristianismo
trono inmenso elevarán.
Y en el libro del Eterno
escribirá Jesucristo:
«mortales, ya lo habeis visto
mi Iglesia es sobre el Infierno."

Unos sold. Muera la blasfema impía.

Otros. A nuestros Dioses provoca.

Cent. El conducirla nos toca; *(conteniéndolos)*
no el juzgarla.

Lib. ¡Madre mia!
Ya no os veré.

Elia. Por piedad.
No me la arrebatareis: *(lanzándose á los*
antes pedazos me hareis....... *soldados desesperada.)*

Un sold. Vieja maldita, apartad.

La empuja y deja caer á un lado del proscenio, llevándose á Libia que quiere levantarla.

ESCENA V.

=«o»=

El teatro representará un salon del palacio de Diogeniano. Al frente del espectador una mesa con varios royos y legajos de pergamino, bien adornada y puesta sobre una tarima ó tr buna. Al rededor varios sillones: en el de enmedio estará sentado el presidente y á un lado Marco. Mas abajo habrà otra mesa en que estarà el Secretario. Y á uno de los lados del proscenio un balcon que se figura dà á la calle.

DIOGENIANO, EL SECRETARIO Y MARCO.

Diog. El que humillar mi autoridad pretenda
de religion con el pretesto infame
que su cabeza ha de rodar entienda
aunque sangre á torrentes se derrame.
Que ofende al cetro quien á mí me ofenda
y poco importa que tirano llame
el pueblo injusto, al que pretende solo
que mande Roma desde polo à polo.
Digno de gratitud es vuestro celo
por la patria de César y de Augusto.
Mar. Pretendo solo defender del Cielo
y de los Dioses el imperio justo.
La religion de Roma es la que anhelo

que venza siempre al cristianismo injusto;
porque esa religion allá en el lecho
de mi niñez la idolatró mi pecho.
Nada mas de comun tiene conmigo
ni bueno para mí el pueblo romano;
de mi patria fué siempre el enemigo:
lidié con él; me esclavizó tirano.
Me hizo perder (el cielo me es testigo)
mi mismo corazon: ¡oh triste anciano!
¿Quién secará tu llanto de amargura?
El polvo solo de la tumba oscura.

Diog. El alma varonil nunca se abate;
de la débil muger es propio el llanto.

Mar. Propio es de todo corazon que late.

Diog. Nunca sentí dolor, ni gozo tanto
que me hiciese llorar: creo un dislate
entregarse á otra cosa, que al encanto;
como el que mi alma disfrutar espera,
cuando se humille la cristiana fiera.

Secret. Nunca, Señor, ese placer se alcanza,
que el cristiano al sufrir se muestra inerte.

Diog. Yo haré que le estremezca mi venganza
mientras haya tormentos y haya muerte.

Voces (*de la calle.*) Consuelate infeliz con la esperanza.

Otras. Díle á tu Cristo que se arrime á verte.

Diog. Ya se acerca ¡oh placer! y su belleza
tributo rinde á mi imperial grandeza.

ESCENA VI.

=«O»=

LOS MISMOS Y LIBIA,

(que entra cercada de soldados; estos despejan á una seña de Diogeniano.) Al entrar Libia lá mira éste con el fuego de una pasion brutal, aunque procura disimularla. El secretario escribe todas las contestaciones de Libia y las preguntas que le hicieren.

(Diogeniano dirigiéndose á Marco.)

Diog. ¿Esta jóven, decid, es la que osada
menospreció á los Dioses?
Mar. El alma lastimada
queda, Señor, al conocer en ella
á la que acaso esté tan engañada;
aunque es mucho decir, como està bella.
El ser su acusador á el alma mia
le pesa tanto, como haber nacido;
mas por los sácros dioses vertería
hasta la sangre ¡de lo que he perdido!
Diog. ¿Cual vuestro nombre, religion y patria?
Lib. Libia mi nombre es; Roma mi cuna;
y mi ley la de Cristo.
Diog. ¿Y sabeis por qué crímen, la fortuna
os conduce ante mi?
Lib. Por las preguntas y demas que he visto

el crímen no, mas el motivo infiero.

Diog. ¿Con que es cierto que al Bétis arrojaste
con sacrílega mano una medalla
de los sagrados dioses, que venero?

Lib. Es la verdad.

Mar. Mas dí, no te engañaste, (*con interés*)
no fué una seduccion de esa canalla
que patria y dioses por su Cristo olvidan?

Lib. Libre mi voluntad quiso arrojalla.

Diog. ¿Y recuerdas que hay muerte y que hay tormentos?

Lib. Los suplicios, Señor, no me intimidan.

Diog. ¿Cual vuestro intento
al arrojarla fué jóven impía?

Lib. El mayor sacrificio
hacer que el alma por su Dios pudiera:
esa medalla era
único beneficio,
único don, que al despertar al mundo
de mis padres hallé; ¡dolor profundo,
tormento eterno al corazon aflijen!
esa medalla acaso me daria
á conocer mis padres y mi origen.

Mar. ¿Dónde naciste, dí? (*Vivamente agitado y cada vez se irá agitando mas.*)

Lib. Tambien lo ignoro:
sé nada mas, que Roma fué mi cuna
y que apenas nacida, la fortuna
allá á las catacumbas me condujo:

compadecióle mi inocente lloro
á una tierna cristiana, y por influjo
del Dios piadoso me tendió sus brazos:
no hay en el mundo para mí otros lazos.

Mar. ¿Y alguna seña en la medalla viste? *(cada*
¿La observaste prolija? *vez mas conmovido)*

Lib. Decia en un letrero imperceptible,
«todo à los sacros dioses es posible"

Mar. ¡Gózate, oh suerte,
soy el verdugo de mi propia hija!

Lib. ¡Padre del corazon!—Venga la muerte.

(Arrojándose en sus brazos, quedan en una escena muda de placer y sentimiento, que conmueve al mismo Diogeniano.

Secret. Desgraciada criatura: cuan acorde
está tu ejemplo con la especie humana:
busca la dicha desde edad temprana
y la halla solo del sepulcro al borde.

Diog. ¿Qué fuerza ¡oh cielos!
mi corazon à mi pesar conmueve?

Mar. Maldíceme, hija mia, estos consuelos
tu triste padre disfrutar no debe.

Lib. Mil veces y otras mil, padre, os bendigo.

Mar. Criatura generosa, así te vengas
de aquel que infame abandonó tu cuna;
¡ah! infame no: el Cielo me es testigo;
juguete sí de la fatal fortuna.

Oyeme, escucha la infeliz historia,

que si el perdon mi crímen no merece
es digno al menos de alcanzar disculpa.
Un nacimiento ilustre y rica hacienda
hallé al nacer; apenas en la adulta
edad me ví, cuando busqué anhelante
con quien partir mis goces y amarguras.
¡Oh destino cruel! el himeneo
nos dió por lazos la cadena injusta.
Roma que de la sangre y los despojos
la aguila nutre, con que al orbe insulta,
sitió mi patria, y como buen patricio
troqué la nupcial veste en armadura.
Lidiamos todos, cual valientes lidian;
pero nos fué contraria la fortuna
y hombres, mugeres y aun los tiernos niños,
esclavos fuimos de la libre turba. (*con ironía*)
¡¿Por qué una hoguera, cual comun sepulcro
no preferimos á tan torpe injuria!
Esclavos siendo, mi consorte en cinta
de la triste desgracia el fruto anuncia:
fruto al que esclavitud pronosticaba
la ley de Roma, que se llama justa,
porque míseros siervos el destino
le dió por padres, sin tener él culpa.
La voz de esclavitud me horrorizaba,
cual horroriza á toda la natura,
y antes que el hierro en tu semblante viese
te arrebaté de la infelice cuna.
¿A dónde conducirte? Yo era esclavo;

estraño en Roma: ví las *catacumbas*
donde la secta que á tu Cristo adora
celebraba sus cónclaves nocturnas.
Aunque la odiaba su piedad sabia:
y allí á la entrada, lleno de amargura,
dejé el alma contigo, y á los dioses
salvad, les dije.... hasta la voz se anuda.
Nombre no pude ni riquezas darte;
mas te dí libertad hermosa y pura
que es la joya mas grande, con que ha ornado
Dios la corona de creacion augusta.

Lib. ¡Oh padre de mi amor!

Mar. ¡Hija del alma!
Salvadla por piedad. *(arrojándose á los pies de Diogeniano.)*

Diog. Siempre que cumpla
mi mandato ofreciendo á nuestros dioses
la adoracion que el pueblo les tributa,
su vida salva: y ademas la elevo
de mi esplendente trono hasta la altura.

Lib. Antes mil vidas perderé gustosa;
mas ni gentil seré, ni esposa tuya.

Diog. Quien mi poder desprecie, vea el tormento;
quien provoque mis celos vea la tumba.

Mar. Abandonas tu padre al conocerlo;
vas á llenar sus dias de amargura:
y su sepulcro con tu mano escabas.
¿Cual es ¡oh Cielos mi terrible culpa?

Lib. No traspaseis mi corazon: la vida

los goces todos que el mortal disfruta
por haceros feliz sacrificára;
pero la fé de Jesucristo, nunca.
(Se oye ruido del pueblo en el patio del edificio.)
Mar. Tú me debes la vida.
Lib. Y á Dios debo
primero el alma y se la debo pura.

ESCENA VII.

=«o»=

LOS MISMOS, EL PUEBLO Y SOLDADOS.

(Voces desde afuera.)
Al martirio.—Sea público el proceso.
—¿Porqué contra costumbre nos lo ocultan?
—Que nos entreguen la cristiana.—Muera
la que á los Dioses y al imperio injuria.
Mar. ¡Oyes, hija del alma! tu cabeza
furiosa pide amotinada turba;
sacrifica á los dioses; y en tu pecho
al Dios adora de la creencia tuya.
Las lágrimas te muevan de este anciano.
Lib. «Quien me negáre, dice la Escritura,
en presencia del hombre, he de negarlo
en la presencia del Eterno augusta."
(Voces desde afuera.)
Librarla quieren.—Su impiedad castiguen.

—Al tormento.—A la càrcel.—A la tumba.

Diog. Tu fanatismo, á mi pesar, te pierde.

Lib. Gota á gota caerá la sangre pura
sobre ti del cristiano; tiembla impio.

Diog. Provocas mi furor, jóven ilusa.

Que nos la entreguen.—La cristiana muera.
—Vamos por ella, nuestra voz no escuchan.

(El ruido se acerca y se percibe la voz de los soldados que quieren detener al pueblo, y al pueblo que atropella á los soldados. La confusion se aumenta progresivamente. Marco muy sobresaltado vá y viene hasta que al asomarse la última vez encuentra en la puerta los que primero habian podido subir.

Mar. Deteneos, por piedad, ya sacrifica.

Lib. Esos dioses maldigo, que os deslumbran.
(Desprendiéndose de Diogeniano, *que quiere detenerla y lanzándose á la turba.*

Turba. La sacrìlega muera. *(El Centurion la defiende de la turba y la pone entre los soldados.*

Diog. Conducidla
á un calabozo donde el Sol no luzca.

ESCENA VIII.

==«o»==

DIOGENIANO.

¡Oh rabia! débil muger,

me tratas con menosprecio:
como ha sido tu desprecio
mi venganza habrà de ser.
No conoces mi poder
mas donde alcanza sabrás;
aunque te resistas mas
vana será tu porfia
que al fin tienes de ser mia
ó de ninguno serás.

ESCENA VIIII.

—«o»—

DIOGENIANO Y TEOFILO (*que entra precipitado.*)

Teofi. Salvad, os ruego, propicio
á esa jóven seducida;
os respondo con mi vida
que ofrecerà el sacrificio.
Si á los dioses ofendió
un tributo les prepara,
que si no los adorára
no fuera su amante yo.
Diog. ¡Insensato, osas decir?....
Fundados fueron mis celos;
pero juro ante los cielos
que habeis los dos de morir.
Teofi. Mas, tirano, antes de todo

habrás de lidiar conmigo.

Diog. A semejante enemigo
le contesto de este modo. *(Vase.)*

Teofi. Este acero vengará, *(poniendo mano á su acero.)*
tirano, tu menosprecio;
sangre pide este desprecio
y os juro que sangre habrá.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

══«o»══

El teatro representará las cárceles de los cristianos. En medio del proscenio estará Lìbia sentada en una piedra cargada de cadenas; y un poco mas atrás un anciano en la misma forma.

Anc. «Mi corazon, ó Dios, saltará de júbilo por la salvacion que me vendrà de tí."

Lib. Mi corazon, ó Dios, saltará de júbilo por la salvacion que me vendrá de tí."

Mas entretanto, Señor,
¿cómo estos lazos romper
con que liga nuestro ser
naturaleza y amor?
¿Porqué no mata el dolor?
pero ay, no; morir no quiero
sin que contemple primero

el llanto del que me adora:
sabré á lo menos que llora
de amor al *á Dios* postrero.
Pero ¡ay! funesta ilusion
ansiar terrestre consuelo
cuando lo busco en el Cielo;
perdon, Dios mio, perdon.
¿Porqué diste un corazon
al formar débil criatura
y diste tanta hermosura
á algunas de tus creaciones?
No derramáras tus dones....
¡Ah perdonad mi locura!
En la mansion celestial
estará de amor la fuente
tan inmensa y esplendente
que satisfaga al mortal.
De las dichas el raudal
para nuestro bien encierra;
la incertidumbre destierra,
la ambicion, hasta el anhelo;
¿mas cómo subir al Cielo
si aun está el alma en la tierra?
¿Cómo á mi padre olvidar
apenas lo he conocido:
y el nombre que me ha ofrecido
y que yo ansiaba dejar?
Ora me viene á brindar
el mundo con su esplendor

gloria riqueza y amor,
pone delante de mí.
¿Y he de renunciarlo? Sí:
que hay una gloria mayor.
¡Ah! que terrible combate;
sufro cada instante mas;
¿Y habré de ceder? Jamas:
que solo el débil se abate.
El corazon firme late
del héroe que en la pelea
gloriosa muerte desea,
¿y será mayor su gloria
que la del mártir? La historia
dirá á los siglos cual sea;
Vén, !oh muerte! ya te espero:
tranquila está el alma mia;
mas nó retirate impía
que aun vive lo que mas quiero.
Borra de mi alma primero
la imágen que está esculpida
en ella: ¿la ves unida
à mi pecho? desvarío;
ó dadme fuerzas Dios mio
ó quitadme ya la vida.
«De los cerrojos se advierte
el ronco y triste rumor.
Anc. Tengamos siempre valor
porque es la vida la muerte.

hace, Señora, que os ví;
primera vez que sentí
una pasion verdadera.
Desde entonces os buscaban
en todas partes mis ojos,
y crecian mis enojos
porque nunca os encontraban.
Mas vuestra imágen, Señora
donde quiera la veia
porque el amor la esculpía
en el alma que os adora.
La esperanza y el temor
se albergaban en mi pecho,
y crecía mi despecho,
y se aumentaba mi amor.
De vos para mi penar
supe al fin; para mi afrenta
este amor que me atormenta
os intenté declarar.
Vuestra repulsa temí
porque el desprecio me irrita;
mas la pasion que me agita
pudo mas, y os escribí.
Sabeis la contestacion:
recordarla no quisiera;
y desde entonces la hoguera
mas arde en el corazon.
El furor de mi venganza
hice á mis pueblos sentir

y quisiera destruir
cuanto mi poder alcanza.
Entre delirios horribles
pasé dias tan amargos
que en el aberno tan largos
no son, ni son tan terribles.
Por último os acusaron.
¡Dia para mí alagüeño!
Perdonadme, no soy dueño...
Lib. Grande merced me otorgaron,
Diog. Rayo de esperanza vino
un instante á iluminar
mi pecho, para acabar
de cumplir mi atroz destino.
Ya la amenaza, ya el ruego
con vos ingrata empleé
desprecios solo alcancé
en pago de amor tan ciego.
¿Pero juzgais que mi amor
vuestro desden ha estinguido?
No: cuanto mas he sufrido
para mí mengua es mayor.
Tirano soy con mi bien;
tal es mi hado funesto;
pues yo mismo me detesto
detestadme vos tambien.
Os amé en la incertidumbre
en el desdén y el desprecio
y lográra á cualquier precio

de sol tan bello la lumbre.
Mi pecho ingrata os adora
aunque el vuestro me maldice,
¿No soy bastante infelice?
compadecedme, Señora.
Lib. Caber no puede el encono
en un cristiano jamás;
os compadezco, y á mas
vuestras ofensas perdono.
Diog. Seais cristiana ó gentíl
en nada importa á mi amor;
consiga vuestro favor
y en cambio de dones mil
Colmaré vuestra belleza;
y en trono inmenso elevada
à vuestros pies humillada
vereis la humana grandeza.
Lib. No ha sido poca merced
el haberos escuchado
y que mucho me ha ultrajado
vuestro lenguaje, sabed.
¿Pensais que se adquiere á precio
mi cariño, y que ambiciono
ganar con bajeza un trono
que humillo con mi desprecio?
Y aunque ciega lo anhelára,
diciendo una vez que nó,
pensais que cediera yo,
y que ante vos me humillára?

Mi palabra sostener
sé entre tormentos crueles
y aunque apetezca laureles
mancillados no han de ser.
¿Juzgais que mi corazon
á un mortal consagraría
que cifra en la tiranía
su gloria y su galardon?
Mi amor consagro en la tierra
al héroe que sin mancilla
cual sol esplendente brilla
en la paz como en la guerra.
Héroe cuya sangre pura
vertió mil veces con gloria
y el árbol de la victoria
para su patria asegura.

Diog. Basta que ya el sufrimiento
se acabó; y al que hace alarde
de valiente, que se guarde
de un tigre, que está sediento.
Ese héroe singular
que os ama y que me insultó
muy pronto he de verlo yo
nadando en sangre espirar.
Su cabeza no corté
porque quise con desprecio
abatir su orgullo necio,
pero cortarla sabré.
Atróz será mi venganza

con ese amante y con vos,
y á los que amen vuestro Dios
estenderé la matanza.
Y esa pérfida muger
que os enseñó el cristianismo
sepultada en un abismo
su cadena ha de morder.
De mi ofensa en espiacion
correrá de sangre un rio;
ó acatar mi poderío
ó sufrir la destruccion.

Lib. Por piedad, mi sangre sola
vuestro furor satisfaga.

Diog. No; que no es bastante paga
toda la sangre Española.

Lib. Mil tormentos me prescribe
que estremezcan á los cielos.

Diog. Son menores que mis celos
cuantos mi mente concibe;
no hay mas que un medio: «ceder.''

Lib. ¡A una accion vìl que me infama!

Diog. O á torrentes se derrama
la sangre.

Lib. ¡Infeliz muger!
tuya la culpa será;
no cedo á infame violencia.

Diog. Pronunciaste la sentencia;
han de morir.

Lib. ¡Por piedad! *(Cae en el suelo agotadas sus fuerzas.)*

ESCENA III.

==«o»==

DIOGENIANO, Y EL CENTURION,

Los mártires están tambien en la escena. aunque se supone no oyen lo que aquellos hablan.

Diog. Guardia! *(Asómase á la galería que vá á la entrada, se presentan varios soldados y se retiran todos menos el Centurion.)*

Venga el Centurion.
Cent. ¿Qué mandais, Príncipe augusto?
Diog. Con alguna tropa vos
id á la casa al momento
donde á Líbia se prendió,
y á la que madre llamaba
conducid á esta prision.
En seguida los edictos
poned de persecucion;
y haced que Teofílo muera
como juzgáreis mejor.
Cent. En cumplir vuestros mandatos

me complazco siempre yo;
mas perdonad; si os advierto
que el Pueblo está en conmocion.
y que al guerrero Teofílo
lo aprecian mucho, Señor.
Maliciosos juzgarian
tal vez que mandásteis vos
matar por rivalidades
de nuestro ejército al sol.
Diog. Yo haré que presto se eclipse:
y si tanta es la aficion
que á ese guerrero teneis,
donde él mande, servíd vos.
Cent. Perdonadme, no pensaba
ofenderos, gran Señor;
quise prevenir tan solo
de un pueblo mónstruo el furor
que ultraja cuando se irrita
al mismo que acarició.
Diog. Yo haré que ese mónstruo escuche
temblando siempre mi voz.
Lib. ¿Qué le dirá? me estremezco.
Diog. Porque no tengais temor,
cuando Teofílo viniere,
como espero, á la prision,
en busca de su adorada
dejadlo entrar y el amor
traspase, como acostumbra,
me entendeis, su corazon:

que estas bóvedas acallan
el ruido y el clamor.

Cent. Os entiendo y cumpliré
fielmente la comision.

Diog. Aun tengo que daros otra,
pues que sois fiel servidor.
Hácia el lado de la izquierda
de esta cárcel mandé yo
tapiar la entrada secreta
que conduce á esta prision:
y esa, llegada la noche
entre el carcelero y vos
habeis de hacer practicable
para antes que apunte el Sol.
Del secreto respondeis
con la cabeza los dos.

(Vase el Centurion y á poco alumbran los soldados.)

Juzgas tal vez que la muerte
te librará de mi amor;
mucha es, jóven, tu firmeza;
mas terrible es mi pasion.



ESCENA IV.

==«o»==

EL ANCIANO Y LIBIA.

Anc. Ilustre compañera;
el duro ceño del feroz tirano
me anuncia con placer, que su altanera
audacia rinde tu valor cristiano.
Lib. ¡Oh anciano fuerte,
vuestro ardor me inflama!
y de Justa y Rufina la memoria
nos muestra el lauro de la eterna gloria
y á ella su ejemplo nos convida y llama;
mas ¡ ay ! sabed que la inocente sangre
por mí ese mónstruo sin piedad derrama;
al contrastar sus miras insolentes
furor brotando el corazon impío,
«sangre, me dijo, correrá á torrentes."
Anc. Tanto es el desvarío
de la impiedad: ¿no ven que al par que crece
su furia, el cristianismo mas florece ?
Hijos ilusos del fatal destino,
¿ quién al anciano en el atroz tormento
de la edad juvenil dá el ardimiento,
si el poder no lo dá del Ser divino?
¿ Quién trueca estas mansiones

en lugares felices de alegria?
¿Quién vió jamas prisiones
en donde se estasía
aquel que arrastra la cadena impía?
Mirad, mirad hermanos,
de la esperanza el árbol cual se riega
con la sangre que vierten los tiranos;
crece su tronco y con sus ramas llega
hasta tocar los cielos soberanos.
Si con grandiosa fé no lo examina
el mortal, tenebroso
mira este sitio y al pesar se inclina;
mas se engaña, que à el alma lo ilumina
el Sol que dió la luz al sol hermoso.
Mirad esas doncellas
convertirse en guerreros:
lidiar, cual ellos, con tremendos bríos:
¿qué no podeis vencellas?
Negad su fé; pero admirarla impíos.

ESCENA V.

==((0))==

LOS MISMOS, TEOFILO Y MACARIO,

que entran por un subterráneo que habrá á la derecha.

Teof. Muy peligrosa es la entrada;

pero el peligro prefiero.
Macar. La ignora hasta el carcelero:
que la tengo reservada
desde el tiempo en que lo fuí;
ni puede ser descubierta
aunque la miren, abierta
solo estará para mí.
Teof. Premio y gratitud mereces.
Macar. De eso no me habeis de hablar:
por mi gefe militar
diera la vida mil veces.
Lib. Oigo pasos: ¡el metal
de aquella voz lisongera!
Teof. Junto á la salida espera.
Macar. Aguardo vuestra señal.

ESCENA VI.

═((O))═

LOS MISMOS, MENOS MACARIO.

Teof. ¡Libia del corazon!
Lib. ¡Ah!
no me engañó mi esperanza.
Teof. No mi bien, todo lo alcanza

por tí mi amor; vuelvo ya,
cielo justo á ver mi aurora.
¡Si vieras cuanto he sufrido!
mas todo, hermosa, lo olvido,
pues quiero gozar ahora.
Si yo pudiera espresarte
lo que siente el corazon;
pero es tanta su ambicion
que no te quiere dar parte.
Guárdalo, sí, pecho mio
como un inmenso tesoro;
para saber que te adoro
te basta mi desvario.
Quiero admirar tu belleza
olvidado de mi ser:
para ostentar su poder
te formó naturaleza.

Al verte, hermosa, la luna
se oscurece con rubor:
que aunque su corte reuna
no tendrá estrella ninguna
que te iguale en esplendor
Altiva sale la aurora
prendada de su hermosura
y al verte de envidia llora;
porque se juzgó señora
y ser vasalla le apura.
Adorar belleza tanta

es remontarse hasta el Sol:
mi vuelo audáz me levanta
á una deidad sacrosanta
como orgulloso español.
Te amo con alma y sentido
mas que el pastor su cabaña;
mas que las aves su nido;
y mas que el *Bétis* rendido
la hermosa orilla que baña.
¿Lloras bien mio; por qué?
¿Te causa mi vista enojos?
Mira que celos tendré
hasta del suelo en que esté
la lágrima de tus ojos.
Lib. Solo puedo derramar
llanto de acerbo dolor;
es muy triste tanto amor
tener, ó Dios, que olvidar.
Teof. ¿Olvidarme? dí mas bien
que el mar sepultará horrendo
á la tierra; que tambien
se hundirá el cielo, y mi sien
partirá el rayo tremendo.
Dime mas bien,..... yo deliro.
Tal vez te venció el tirano.
Y respira y aun respiro.
En la esposa á que yo aspiro
puso su vista profano.
Laureles con que mi frente

en otro tiempo se ornó:
caed, que no se os afrente:
nunca os marchitó el valiente
y el tirano os marchitó.

Lib. ¿A piedad no te ha movido
mi llanto y mi padecer?

Teof. ¿Piensas que yo lo he creido
si al fin es llanto mentido
como llanto de muger?

Lib. Si es alivio á tu amargura
el odiarme, lo consiento,
aunque muera de tristura;
pero juzgarme perjura.....
no resisto à tal tormento.
Cuando solo en Dios debia
ocuparme, por mi mal
tu imágen me detenia;
¡ay del que sufre agonia
por el ingrato mortal!

Teof. Si has padecido por mí
el pesar que no creí:
para que pueda creerte,
huye, hermosa, de la muerte
que te preparan aquí.
En mis brazos has de hallar
tu habitacion y el altar
que ha de servir à los dos.

Lib. Solo ante el trono de Dios
nos habemos de juntar.

¿Pero si yo te dijera,
ser mi esposo está en tu mano....

Teof. ¡Feliz entonces:! lo fuera
aunque el hado me opusiera
el poder de algun tirano.

Lib. Eres gentíl; yo cristiana.

Teof. No digas mas. ¡Ah terrible
condicion! ¡Suerte inhumana!
Seguir esa ley tirana
que me humilla, es imposible.
¿Penitente mi cabeza
cubrir y mi cuerpo todo
de ceniza: y mi flaqueza
revelar? Seria bajeza
abatirme de ese modo.

Lib. No es el arrepentimiento
la bajeza; sino el crimen.
Vive idólatra contento;
no te cuides del tormento
de las penas, que me oprimen.
Presto me veras morir.

Teof. Vine á salvarte y los dos
juntos habemos de huir.

(Se arroja á las cadenas de Libia y principia á dar golpes para romperlas.)

Lib. Contigo no he de partir
mientras no adores al Dios.

Anc. En la senda del Señor
jóven está firme.

Lib. En vano

las romperas. ¡ Que rumor !
Teof. No tengas, Libia, temor
que hay un acero en mi mano.

ESCENA VII.

==«o»==

LOS MISMOS, EL CARCELERO Y SOLDADOS.

Car. Al que haya armado el estruendo *(desde*
yo le pondré hierros dobles. *la entrada.)*
Aguardad aqui : si acaso
acudid pronto á mis voces.
¿ Qué estrépito..... *(Al entrar.)*
Teof. Salid fuera,
Car. aldremos, bizarro jóven
juntos de aquí.
Teof. ¡ Vive el cielo !
Car. Veremos los campeones *(Volviendo á los*
de valor. *soldados.)*
Un sold. ¿ Qué hay ?
Care. Aqui está
nuestro encargado.

Un sold. ¿Y por donde
entró?

Carc. Claro es; por la puerta
y el centinela durmióse.

Otro sold. Estaba yo: y no lo he visto.

Lib. ¡Huye: por piedad te esconde!

Otro sold. Lo que importa es que cumplamos
nuestro encargo.

Carc. Si se opone
y os venciere, à la salida
será mas seguro el golpe.
Vamos soldados: que muera. *(entrando)*

Teof. Tiemble el atrevido que ose *(poniendo*
acercarse. *mano á la espada.)*

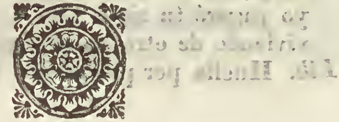
Un sold. Es uno solo
aunque su esfuerzo redoble.

Teof. Quien jamas temió á guerreros
menos teme á los traidores. *(peleando.)*

Lib. ¡Salvadlo, Dios de piedad!

Un sold. Su acero el rayo es de Jóve. *(reti-*
Decid al tirano infame *rándose.)*
que basta á hundirlo mi nombre. *(hacién-*
doles huir.)

Anc. Ya es nuestra cárcel tranquila
el campo de las pasiones. *(el anciano se re-*
cuesta sobre la piedra.)



ESCENA VIII.

=«o»=

LOS MARTIRES Y TEOFILO.

Lib. Huye que aquí está la muerte:
¿te han hecho algun daño, dí?
huye, que vas à perderte
salva tu vida por mí:
Teof. Nada me importa la vida;
lejos de tí no la quiero;
venga la muerte temida
que tranquilo aquí la espero.
Lib. ¿Y quieres verme espirar,
en fuerza de tal tormento?
Teof. Quiero á tus pies exalar
ingrata, mi último aliento.
Huyamos juntos los dos
y dulce sera el vivir.
Lib, Adora al eterno Dios
y nos podremos unir.
Teof. No fuera entonces mi amor
el que estrechára esos lazos;
yo pagaré tu rigor
viviendo de otra en los brazos.
Lib. Huella por piedad mil veces

antes mi cadáver frio.
Teof. Tú desengaños me ofreces
en cambio del amor mio;
Pues bien de otra los amores
calmaràn mi desconsuelo.
Lib. Ten piedad de mis dolores.
Teof. Busca piedad en el cielo.
Lib. ¿Recuerdas aquellos dias
de amor? Pasaron tan presto.
Te amo tanto, me decias:
Teof. Como agora te detesto.
Lib. ¡Ah!...... Si algo valió para tí
esta infelice que llora,
y á tus pies postrada así.
Te pide pues que te adora
vivir en tu pensamiento
sola aun despues de su muerte,
¿le negarás tal contento;
no te dolerá su suerte?
Teof. Lágrimas de seduccion.
Lib. De amor, si cabe, infinito.
Teof. Necesito un corazon
ó la muerte necesito.
Es innoble la venganza
y acaso la tomaria;
para evitarlo, mi lanza
verterá la sangre mia.
Lib. ¡Crimen atróz! mas bien quiero
sufrir tu venganza cruel;

en brazos de otra prefiero
verte, aunque apure la hiel.
Es tu existencia mi anhelo;
es mi muerte tu desden;
sálvate ¡ay Dios! quiera el cielo
que puedas salir con bien.

Teof. Dulce, aunque mentido sea,
es tu amor; dulce es morir
á tu lado.

Lib. ¿Te recrea
hacerme tanto sufrir?
Que huyas, te ruego.

Lib. Es en vano:
á la vida ó á la muerte
te habré de seguir ufano.

Lib. ¡Cielos!...... huiré; mas advierte
que si te esperases ya
mis cadenas á romper,
pereciéramos quizá,
y no quiero perecer.
Mañana al salir la aurora,
pues tienes secreta entrada,
volverás; tal vez ahora
esté la cárcel cercada.
Sálvate para que el dia
llegue feliz que nos una.

Teof. ¿Cumpliraslo, amada mia?

Lib. ¿Te falté en palabra alguna?

Teof. ¿Lograr tanto beneficio

es posible ? A creer no acierto...
Lib. ¿Y en pago á mi sacrificio
serás cristiano: no es cierto?
Teof. Solo pienso ahora en gozar
la dicha que amor me ofrece.
Voy mi vida á libertar
que ya el morir me estremece.
Lib. No te detengas.
Teof. ¡Bien mio!
Lib. Recibe mi último ¡á Dios!
Teof. Mañana caera el rocío
del alba sobre los dos.

(Sale Teofilo apresurado; se le oye hacer la seña y se perciben de lejos sus pasos. Todo queda en silencio; Libia manifiesta la ansiedad que es propia y escucha con la mayor atencion.)

ESCENA VIIII.

==«0»==

TODOS MENOS TEOFILO.

Lib. Sálvalo y ten compasion; *(arrodillándose)*
sed, Dios piadoso, su guia;

un rayo de luz envia
á su ciego corazon.
Lo pude al fin convencer
ofreciéndole el huir :
¿y lo deberé cumplir ?
Decídme, ó Dios, que he de hacer.
Vacilo entre horrible duda :
su salvacion y la mia;
celos crueles; ¡que agonía!
Prestadme, ó Dios, vuestra ayuda.

Anc. «Ahora vivimos, puesto que vosotros estais firmes en el Señor."

Lib. Terrible reconvencion; (*haciendo un movimiento de sorpresa*)
mi promesa escucharía;
mas nó, tranquilo dormia
ha sido una inspiracion.

ESCENA X.

═((o))═

LOS MISMOS, MARCO Y EL CARCELERO.

Este trae una luz en la mano.

(*Marco que viene hablando con el carcelero desde la entrada.*)

Marc. No digais tal disparate :

habrá una entrada secreta.

Carc. No señor; tengo esta càrcel
muchas veces registrada
y hay una sola, que cae
hácia el lado de la izquierda
y que tapié mucho hace;
cuando digo, que son brujos
los de Cristo, es indudable.

Marc. Que oscuro está; yo no veo;
anda un poco.

Carc. Id vos delante
que aquí suele haber algunos
huéspedes muy poco amables.

Marc. ¡Cuanto la infeliz padece!

Carc. *(desde la entrada de la galería en que están los calabozos.)*

Os dejo, que ya no cabe
perderse; hácia la derecha
en el fondo...

Marc. Anda, cobarde.

Carc. El valor es de la vida
un enemigo muy grande.



ESCENA XI.

═══«o»═══

LOS MISMOS, MENOS EL CARCELERO.

Lib. ¡Padre del corazon!
Marc. Ven á mis brazos
y ya que nunca supenderlo pueda
enjugue al menos con tu amor mi llanto.
¡Ah! no puedes moverte; tanto hierro
para tan débil ser necesitaron
Lib. La hermosa fé de los cristianos presta
al tormento placer y al hierro encanto.
No por mí os aflijais; tormento solo
sufro al mirar vuestro dolor amargo.
Marc. Dolor eterno à que el fatal destino
desde el triste nacer me ha condenado.
A la primer caricia de mis padres
la muerte el beso nos heló en sus labios;
á la primera de mi tierna esposa
rompió la esclavitud de amor los lazos;
naciste y me obligó la suerte impía
á separarte del paterno albago;
libre al fin respiré; busco á mi esposa
y su tumba me dijo: «ya es en vano."

¿Habrá un mortal cuyo dolor pudiere
á mi acerbo dolor ser comparado?
Lib. ¡Padre mio!
Marc. Aguarda, que aun le queda
mas hiel al corazon del triste anciano.
Busqué consuelo en los estraños climas,
cual si fuese posible el encontrarlo;
pensaba solo en tí; mi sangre toda
daba por estrecharte entre mis brazos;
te estrecho al fin, y hasta mi vida diera
¡oh terrible dolor! por no lograrlo.
Lib. No así me atormenteis: dad por lo menos
tregua al pesar que nos aflije á entrambos
Marc. Toca este corazon; ¿sientes su herida?
Esa herida sanar puede tu mano.
Lib. ¡Ojalá! mi existencia......
Marc. Oyeme, escucha:
si este padre infeliz con triste llanto
te dice, que á su vida no le resta
mas consuelo que tú: ni mas amparo
en su vejez y humilde te pidiese,
no padre ya sino rendido esclavo,
un sacrificio por salvar mil vidas,
¿tuvieras corazon para negarlo?
Lib. Alzad, padre, por Dios, que estais rompiendo
con agudo puñal el lastimado
pecho de esta infeliz; á vuestras plantas
mi dicha eterna con mi honor demando;
vos quereis que lo pierda.

Marc. Nunca, nunca.
Lib. Pues bien, no me pidais rinda al tirano
mi pura frente.
Marc. Ofrece por lo menos
un sacrificio ante los dioses sácros.
Lib. Existe un solo Dios y ante él mi vida
diera mil veces por jamas negarlo.
Marc. ¿Y es este el fruto que engendré? Maldigo
la hora fatal.....
Lib. ¡Oh padre! deteneos:
mirad esta infeliz y ved su estado.
Marc. Víctima sé del fanatismo necio;
yo lo seré de mi dolor amargo.
Lib. Padre mio escuchad ¡ah! no me atiende;
no puedo resistir ¡oh cielo santo!
(*Cae rendida á la fuerza de su dolor.*)

ESCENA XII.

—«o»—

LIBIA, Y EL ANCIANO.

Anc. He concluido la carrera: he guardado la fé: Nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada y que me dara el Señor."

Lib. Palabras consoladoras;
¡ oh religion sin igual
que ofrece alivio al mortal
aun en sus mas tristes horas!
¿ Y al padre que me dió el ser
abismaré en el dolor?
Antes lo debo al Criador
y es mas sagrado deber.

ESCENA XIII.

═((O))═

LOS MISMOS, Y EL CENTURION.

Le alumbran la entrada; hace seña para que se retiren y se dirije al sitio en que está Libia.

Cent. Aunque fuera muy dichoso,
señora, en hablar por mí,
en comision vengo aquí
de amante mas poderoso.
El presidente me envía
á rogaros, que admitais
sus dones, y concedais
el amor que tanto ansía.

Lib. Decidle, que acepté grata
el mejor con alborozo.
Cent. ¿Cual pues?
Lib. Este calabozo.
Cent. ¿Sois á su amor ingrata?
Lib. Decidle se cansa en vano
y que Libia nunca cede.
Cent. Ved, señora, cuanto puede
quien manda cual soberano.
Lib. No lo temo.
Cent. Mas temblad
por otros, sino por vos.
Lib. ¿Por quien decidme? ¡Gran Dios!
Cent. Cuanto amabais olvidad.
Lib. ¿Ha muerto? ¡Cielos!
Cent. No es tarde:
aun lo podeis libertar
y otras cien vidas salvar
si cedeis.
Lib. ¡Mónstruo cobarde!
Sepa que nunca el guerrero
su vida infame compró;
ni así he de dársela yo;
sabremos morir primero.
Cent. Ademas van á morir
Elia vuestra protectora
y los cristianos, señora,
si no quereis sucumbir.
Lib. ¡Dios mio!

Cent. Tened piedad
ved su terrible furor.
Lib. ¿Y puedo tener amor
al génio de la maldad?
Sus víctimas el consuelo
hallarán; sobre su frente
caerá la sangre inocente,
y la maldicion del Cielo.
Cent. ¡Ah señora! que aun me queda
para mayor sentimiento
anunciaros que el tormento.....
Lib. ¿Pensais que temerle pueda?
Cent. Quisiera mas bien la muerte
que dar mi encargo cumplido:
ceded *(rogándole.)*
Lib. Jamas he temido.
Cent. Cúmplase al fin vuestra suerte.

ESCENA XIIII.

==«O»==

LOS MISMOS, Y EL CARCELERO.

Cent. Ola. *(llamando á la entrada.)*
Carc. Señor.
Cent. Al momento

con los verdugos venid
y estos presos conducid
á que sufran el tormento.
Tú volverás en seguida
y sin que nadie lo advierta
haz practicable la puerta
que dá á esta cárcel salida.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



JORNADA TERCERA.

ESCENA I.

El teatro representará una plaza pública.

DIOGENIANO Y DESPUES EL CENTURION.

Diog. Aun no ha venido; pues tiemble
quien no cumpla en el momento
mis mandatos.
Cent. Gran Señor (*llegando.*)
Diog. Andais muy poco ligero.
¿Anunciaste, que hay martirio?
Cent. Y los edictos se han puesto.
Ya las sospechas del vulgo
cesaron y está contento
Diog. No lo hice por darle gusto
y sí porque yo lo tengo:

he de sellar muchos labios
cortando à muchos el cuello.
¿Y los soldados?
Cent. Aguardan.
Diog. ¿Confiar se podrá en ellos?
Cent. No hay peligro: à la salida
están unos y otros dentro:
practicable está la puerta
y el subterráneo sin riesgo.
Diog. Pues no perdamos instante;
cùmplanse ya mis deseos.

ESCENA II.

=((O))=

VARIOS GRUPOS DEL PUEBLO.

De un grupo.

Homb. 1.° Por aquí sin duda alguna
han de pasar.
Homb. 2.° Hoy es dia
de diversion.
Homb. 3.° Ya veremos
esas valientes, cual lidian.

De otro grupo.

Homb. 1° ¿Cuantos serán?
Homb. 2.° No lo han dicho.
Homb. 1.° ¿Si vendrá la infame Libia?
Homb. 3.° Si no viene, era preciso
á fuerza armada pedirla;
maldijo ante todo el pueblo
nuestros dioses.
Homb. 1.° Juraría
que el tirano la pretende
y darle el martirio esquiva.
Homb. 2.° Si ese es misto de cristiano.
Homb. 3.° Pues que muera con la impia.

De otro grupo.

Homb. 1.° ¡Habrá tirano!
Homb. 2.° Tiempo hace
que anfiteatro no habia.
Homb. 1º Nos carga el vil de tributos
y de diversion nos priva.
Homb. 3º Pues que tenemos la culpa
no nos quejemos: un dia
sostuvo el bizarro Ibero
su libertad sin mancilla;
y ahora sufre de un estraño
cobarde la tiranía.
Homb. 4.° Habiendo en los naturales

guerreros de tanta estima
como Teofílo, que hicieran
feliz la patria querida.

De otro grupo de mugeres y niños.

Niño 1º ¿Que vamos á ver?
Mug. 1ª Cristianas,
que morirán por impias.
Niño 1.º ¿Habrá sangre?
Mug. 1.ª Sí, hijo mio
no le temas.

Un hombre que estará observando.

¡Oh cuan digna
al ver la gentil barbarie
la moral de Cristo brilla.

ESCENA III.

—«o»—

LOS GRUPOS TEOFILO Y MACARIO.

Teof. Vanamente busqué el sueño (*á Macario.*)

para templar mi delirio
que se aumenta mi martirio
si en suavizarlo me empeño.
¿ Mas qué indica tanta gente ?

Macar. Preguntaremos agora.

Un homb. Venga mi gefe en buen hora.

Otros. Viva el guerrero valiente.

Teof. De mis triunfos compañeros
siempre os miro entusiasmado.
¿ Que haceis aquí ?

Un homb. Se ha anunciado
que hoy mueren los hechiceros.

Teof. ¿ Los cristianos ?

El homb. Claro está.

Teof. ¡ Cielos ! Si será ya tarde. *(aparte.)*

El homb. ¿ Qué decis ?

Teof. El cielo os guarde.
corramos. *(á Macario.)*

Mac. Tiempo no es ya. *(vanse.)*

Un homb. Cuantas veces peleamos
siempre vencimos por él.

Otro. ¿Escuchais? Suena tropel.

Otro. ¿ Serán ellos ?

Unos. Vamos.—*Otros* Vamos.



ESCENA IV.

=«o»=

La decoracion de la jornada segunda.

LIBIA EL ANCIANO, Y ELIA.

Lib. ¡ Cuanto sufro Elia amada
al verte padecer;! y en vano anhela
mi eterna gratitud darte consuelo.
Elia. El tiempo que el Sol mide presto vuela
tras él la eternidad se ve en el cielo.
Diog. Observa cuidadoso (*desde la entrada al*
entre los grupos á la turba infame *Centurion*)
y antes que receloso
por la muerte de Líbia el pueblo clame
la voz esparce que el fatal guerrero
salvó á la impía;
y pues libróse del cobarde acero
así le alcance la venganza mia.
¿ Con qué habeis despreciado mis bondades?
(*Dirigiéndose á Líbia.*)
Lib. El tormento acepté que es la mas grata.
Diog. ¿ Y no te persuades
que el Orbe todo mi poder acata ?

Lib. El cristiano jamas.
Diog. Temblad, señora;
no os librareis de mí, ni aun con la muerte.
Lib. Mientes tirano: el que en la tumba mora
sujeto es solo á Dios.
Diog. Tu engaño advierte.
(Asomándose á la puerta.)
Hola soldados—Presto sus cadenas
desatad y seguidme.
Elia. Ah inhumanos;
dejad esa inocente y en mi vida
saciad vuestra venganza.
Lib. Elia querida:
mi sangre toda por salvarte diera.
Saciad en mi vuestro furor, tiranos;
pero dejadme que en sus brazos muera. *(queriendo ir hácia Elia.*
Diog. Andad, andad, señora;
ya que el hado me niega la ventura
todos conmigo sufrireis agora;
gocemos de recíproca amargura.
Elia. Dejadmela abrazar.
Lib. Mi á Dios recibe; *(casi arrastrada por*
mi eterna gratitud *los soldados.)*
Diog. Cual me recreo
con tu Dios estarás. Dichosa vive.
Lib. Elia; Padre; Teofilo; ya no os veo.

—==—

(El Centurion los acompaña hasta la puer-

la secreta; hace luego como que la asegura y sale por la entrada de la cárcel.

ESCENA V.

==«0»==

EL ANCIANO ELIA Y DESPUES TEOFILO.

Elia. Ni el placer Libia querida
me dan de seguir tu suerte;
seràs feliz con la muerte
y yo infeliz con la vida.
Anc. Dios tan solo del mortal
la felicidad conoce.
Macar. No os estasieis con el goce. *(desde adentro.)*
Teof. Presto te haré la señal. *(Id.)*
¡Líbia! ¡Líbia! Soy perdido.
¿Dónde está, decidme, donde?
¡Cielos! nadie me responde...
Elia. Ya el martirio habrà sufrido.
Teof. ¡El martirio! Es imposible:
la hubiera encontrado yo.
Elia. Diogeniano la llevó.
Teof. ¡Oh suerte cruel y terrible!
Maldito el que en la muger

fundáre sus esperanzas :
pérfida y débil, mudanzas
puede tan solo ofrecer.
Al fin ese vil tirano
dicha y honra me quitó :
¿Y habrá de gozarla? No :
que hay un acero en mi mano.
Yo traspasaré con él
à los dos en recompensa :
él me pagará la ofensa;
y ella haberme sido infiel.
No os se esconde á mi furor.
Elia. Moderad ese delirio :
con pretesto del martirio
se la ha llevado el traidor.
Teof. ¡Mónstruo infame!
Elia. Yo advertí
que abrió una secreta entrada
à la izquierda.
Teof. ¡Desdichada!
y yo Libia te ofendi.
Decídme, hácia dónde está
esa puerta : que el malvado
el honor que ha mancillado
con su sangre labará.
Elia. Salvadla; por allí fué.
Teof. Sabré salvarla ó morir.
(Llendo á ver si puede abrirla.)
¡Cielos! no se puede abrir;

mas presto lo alcanzaré. *(dirijiéndose al si-*
tio por donde vino.

Pero si el mónstruo la esconde
y no la encuentro, en sus brazos
gozará de amor los lazos.
¿Dónde iré, Cielos, adonde?

Si el pueblo la reclamára
amenazando al tirano....
¿Y ha de llevarla mi mano
del sacrificio hasta el ara?

¡Ah, no:! vive, Libia hermosa,
mientras tu Teofilo muere:
que á ser dichoso, prefiere
saber que tu eres dichosa.
¿Mas qué digo? Santos cielos:
del tirano que me humilla
no sufriré la mancilla,
ni puedo sufrir los celos.

Víctimas seremos, sí; *(se oye tumulto á*
pues que lo quiere el destino, *la entrada de*
habrá de ser tu asesino *la cárcel.)*
quien dá su sangre por tí.



ESCENA VI.

—«o»—

Los grupos del pueblo desde afuera y Teofilo en la escena.

Unas voces. A la fuerza.
Otras. Nos engañan.
Teof. ¡Que ruido!
Voces. Los cristianos
han de morir. Otras.—A la carga.
Teof. Previniste mis deseos
cielo santo!
Voces. Guardia, guardia.
Otras. Mueran los que se opusieren.
Otras. Victoria.
Otras. Dentro á sacarlas.
(Se arrojan los grupos, que habian arroyado á la guardia y Teofilo les sale al encuentro.

ESCENA VII.

LOS GRUPOS Y TEOFILO.

Teof. Pueblo español, que de laurel ceñida

siempre viste tu frente: hoy un tirano
nuestro valor, nuestra virtud humilla;

(El Centurion que ha venido observando la turba al concluir este verso Teofilo se va precipitado.)

de nosotros se burla y nuestros dioses
tienen menos poder en su alma impía
que sus pasiones viles; la cristiana
que ante vosotros los maldijo altiva
hoy se sálva por él; con mengüa nuestra
saciar pretende su pasion mezquina.
Quien á vengar su afrenta se atreviere
al punto osado tras mis huellas siga.
Voces. Sigámosle y rompamos las cadenas.
Otras. Venguemos la impiedad y tiranía.

ESCENA VIII.

Campo con arboleda.

Inútil parece advertir que para mayor facilidad en el cambio de decoraciones, las cárceles estarán en el fondo del proscenio; para que de-

lante de ellas con la caida de un telon quede el lugar variado.

DIOGENIANO, LIBIA *y unos cuantos soldados que la conducen.*

Lib. ¿Dónde me llevais? ¡Dios mio!
Vengo infeliz engañada.
Dio. No temais, señora, nada.
Lib. Temo todo de un impío:
pero es en vano traidor......
Dio. Conoce, Libia, tu suerte;
ni el recurso de la muerte
tienes ya contra mi amor.
Padece, cual padecí,
que ahora me toca gozar;
si no me quieres amar
dispongo al menos de tí.
¡O cuan dulce es la venganza!
con verte yo soy feliz;
pero á tu amante.... ¡infeliz!
se le acabó la esperanza.
Ese guerrero orgulloso
luchaba con mi poder:
acabe de conocer
que es débil; yo poderoso.
Cual me complazco; alegría
tanta no tuve jamas:
por este instante no mas

todos mis goces daría.

Lib. Pero te gozas en vano
aquí tengo de morir:
y en pedazos dividir
sabré mi cuerpo, tirano.

Y aunque arrastrarme pudieras,
¿para qué te serviría?
A Teofilo noche y dia
nombrar solamente oyeras.

Palabras de maldicion
recibieras cada instante
mientras daba por mi amante
suspiros el corazon.

Dioq. Calla infame, pese al cielo
seguirás mal de tu grado:
que otro mas desventurado
templará mi desconsuelo.
Conducidla. *(A los soldados.)*

Lib. ¡Dios piadoso! *(luchando con los soldados que casi la arrastran.)*

Un sold. ¿De qué te sirve cansarte?

Dioq. Venga tu Dios a salvarte,
si es tu Dios tan poderoso.



ESCENA IX.

—«o»—

LOS MISMOS Y EL CENTURION,

que llega precipitado.

Cent. Gran señor, huid al momento;
que el pueblo altivo y mudable
con saña feroz y horrenda
siguiéndoos viene al alcance.
Astuto ese vil Teofilo
con su ardor logra inflamarle,
para que insolente á Líbia
de vuestro poder arranque.
Os maldicen los rebeldes
y si os encuentran, es fácil
que vuestra vida peligre.
Diog. Sellad el labio, cobarde,
ó mi furia.....
Cent. Ved que es vana
y sabed que el riesgo es grande;
porque el pueblo, que sumiso
sufrió un tiempo los desmanes
del poder, hora soberbio
jura morir ó vengarse.
Diog. ¿Tambien, pérfido, me insultas?

Cent. Si he sido, señor, culpable,
despues que os hayais salvado
podeis, ó no castigarme;
mas hora, que huyais, os ruego.
Diog. ¡Oh rabia! como un infame
quieres que huya Diogeniano
y aun tiene espada......
Cent. Ya es tarde
el resistiros y es fuerza
que ni un punto os detengais.
Huid..!
Diog. Parto, sí, mas juro
por los dioses inmortales
que el pueblo que hoy me persigue
pronto nadará en su sangre. *(Vase.)*

ESCENA X.

—«0»—

LOS MISMOS MENOS DIOGENIANO,

y despues Teofilo con la turba del pueblo y algunos soldados.

Lib. ¡Que repentina mudanza! *(aparte.)*

Si viniera mi Teofilo
con solo mirar su acero
tembláran estos impíos.

Cent. Vamos, soldados, seguidme.

Lib. No me muevo de este sitio.

Cent. Os arrastrarán por fuerza;
que vamos á ser perdidos. *(á los soldados)*

Un sold. Andad. *(empujándola.)*

Lib. No daré ni un paso.

Teof. Ya à los infames diviso. *(desde afuera.)*

Lib. ¡Cielos que voz!

Voces. Vamos, vamos. *(desde lejos.)*

Lib. ¡Tu bondad, ó Dios, bendigo.

Cent. Arrastradla.

Voces. A ellos. *(un poco mas cerca.)*

Sold. ¿Que hacemos?

Cent. Morir ó vencer.

Lib. ¡Teofilo!

Teof. Entregadmela, traidores, *(presentándose*
ó temblad al furor mio. *con acero en mano.)*

Cent. Rescátala con tu acero.

Teof. Vereis cual cortan sus filos.

(Un soldado queda sujetando á Libia y amenazándola con su espada. Los demas siguiendo al Centurion pelean con Teofílo; pero á poco van perdiendo terreno.)

¿Por qué ese raptor infame
no viene á daros auxilio?

Lib. Ayudadle, Dios piadoso.

Cent. ¡ Ay! (*cayendo muerto á un fuerte golpe de Teofilo.*)
Teof. Es tu premio merecido.
Sold. Huyamos.
Voces. Venció (*ya muy cerca.*)
Lib. Dichosa (*arrojándose á los brazos de*
al fin en tus brazos vivo. *Teofilo.*)
Teof. ¡ Ah! Ellos son tu ataud.
Pueblo. Viva nuestro caudillo. (*presentándose en la escena.*)
—Muera la cristiana—Muera.
Teof. Nadie la ofenda atrevido:
jamas á la ley faltemos:
por la ley sufra el martirio.
(*Teofilo se pone al lado de ella y hace seña á los soldados para que se pongan tambien á los lados. La multitud sigue detras.*)

ESCENA XI.

—«O»—

Se vé en el último término la entrada del anfiteatro y varios grupos cerca de ella; á poco el anciano y Elia vienen entre los soldados al mar-

tirio. El confuso rumor que de lejos se oiga, manifieste la animacion de la concurrencia.

Unas voces. La sacrílega venga.
Otras. Muera Libia.
Anc. En poder aun está del vil tirano:
¿quien será mas feliz, hermana mia?
Elia. Siempre el mortal se engaña en sus deseos.
Voces. ¿Qué tardais? Conducidlos.
Un cent. Me lastima,
ó venerable anciano, ver tus canas
sufrir el peso de mortal fatiga;
y á tí débil muger entre tormentos
verte lanzar con el dolor la vida.
Sacrificad á nuestros santos dioses
y en dulce libertad gozais la dicha.
Anc. Los que del premio à la esperanza solo
sacrificaron las humanas dichas,
al mirar al Creador que les prepara
la corona eternal ¿ceder podrian?
¿Algun cristiano viste en la postrera
hora abjurar su religion divina?
No: que tan solo arrepentirse puede
quien vió su senda en el morir mentida.
¿Veis al anciano y á la tierna jóven
que débiles se muestran en la vida;?
ved al morir por Cristo su firmeza:
admiradla, ó gentiles, y seguidla.
Voces. Muera el blasfemo.

Otras. Que el martirio sufra.
Anc. Vamos pues á la lid, jóven invicta;
tú ejemplo me darás, y nuestra sangre
revele al hombre la verdad divina;
ella fermentará: ¡dulce esperanza!
y la Iglesia de Cristo en alta cima
al mundo cual inmenso candelabro
los cielos mostrará con su luz viva.
Elia. Una gracia, mi Dios, sola te pido,
muestra á este pueblo la celeste via.
Cent. Vamos al punto.
Anc. ¡A Dios hijos del alma!
¡Oh tristes lazos que á la tierra ligan!
(Se dirijen al anfiteatro con paso acelerado.)
Voces (confusas y estrepitosas) Fanáticos entrad
(Se oye al mismo tiempo el murmullo de los que traen á Líbia.)
Voces. A ellos las fieras.
Grupos. *(Los que venian con Líbia, que se adelantan al anfiteatro, dejándola con los soldados y Teofílo.)*
Aguardad, aguardad, que aquí está Líbia.



ESCENA XII.

=«o»=

LIBIA TEOFILO Y SOLDADOS.

Desde lejos á la entrada del anfiteatro se ven algunos grupos.

Lib. Que fatigada estoy; apenas puedo
respirar.
Teof. (¡Infeliz!) Sentaos un poco. *(señalándole una piedra.)*
Dejad que cobre su perdido aliento. *(á los soldados haciéndoles seña de que se retiren.)*
¡Líbia del corazon! por vez postrera
Teofílo os habla de amargura lleno.
Lo único que en el mundo idolatraba
como á un Dios, eres tú: y el hado adverso
me obliga á conducirte hasta el sepulcro,
y ser la causa de tu muerte ¡oh cielos!
Presto te seguiré; mas mira en tanto
mi dolor sin igual, mi atroz tormento.
Si olvidas tanto agravio generosa;
si recuerdas el dulce amor primero;

si compasion te inspira este infelice;
no lo dejes morir en su despecho:
una palabra sola; ante los dioses
sacrifica y los dos nos salvaremos.

Lib. Hasta las heces de amargura el caliz
he llegado á apurar. ¡Oh Dios eterno!
Yo en el mundo feliz contigo fuera,
y al renunciarlo se desgarra el pecho.
—Si Teofílo cobarde antepusiese
á su patria su vida: el noble acero
humillando al contrario que ofendiera
lo que adoraba con ardor su pecho:
¿fuera digno de mí?

Teof. ¡Ah! no lo fuera.

Lib. ¿Y yo digna de tí fuera cediendo?
¿Son por ventura patria y soberano
mas sublimes que el Dios del alto cielo?

Voces. Líbia.—Que venga Líbia.

Teof. ¡Pueblo infame!
Tu muerte pide....

Lib. Y á la muerte vuelo;
pero mi corazon.... mas ¡ah! que digo:
olvídame, Teofilo; si mis ruegos
llegan de Dios hasta el escelso trono,
juntos en él...... á Dios.....Ya mas no puedo.
(*Dirígese con precipitacion al anfiteatro.*)

=«0»=

ESCENA XIII.

==((O))==

TEOFILO.

¡Oh destino cruel, gózate impio
en mi dolor y en el despecho mio!
¿Porqué en el campo del sangriento Marte
no hirió mi pecho la enemiga espada?
Si mi sangre bastára á rescatarte,
mil veces la vertiera ¡oh Libia amada!
Y tú insensible á mi dolor, la muerte
buscas ansiosa; ¡ah! pero que estraño
si á un padre olvidas, y en el mundo nada
con el mundo te liga, ¡oh poder fuerte
el de ese Dios que tu valor inspira!
Ese es el Dios de la verdad; mentira
toda otra religion; cayó la venda
de mis ojos, ó Dios; yo te confieso:
mi ofrenda, Libia, juntaré á tu ofrenda;
mi bautismo será tu sangre pura;
y pues el mundo separarnos quiso
felices Dios nos juntará en la altura.
(Corriendo al circo dice desde la entrada.)
Una víctima, idólatras, os resta;
yo soy cristiano y el martirio anhelo.
Voces. Teofilo.—Es un delirio *(las primeras de sorpresa.)*

Es traidor—muera. *(pausa.)*

Voces. Brabo.=Escarmiento á los cristianos sea.

Marco (que viene precipitado hácia el circo.)
¡Hija del corazon!!

Un anciano (que habrá estado observando desde la entrada del circo y escribiendo, le diec al encontrarlo:
Ya está en el Cielo.

FIN DEL DRAMA.



INDICE.

Poesías líricas.

Poesía dramàtica.

Circunstancias bastantes desagradables me han impedido que dé á esta obrilla la estension, que me habia propuesto. Y han sido causa tambien de que se haya retardado su salida.



LISTA

de los señores, que me han honrado suscribiéndose á estas mis primeras producciones.

EN SEVILLA.

Sr. Marques de Sortes.
Sr. D. Joaquin Seoane.
Sr. D. Manuel Mármol.
Sr. D. Juan José Bueno.
Sr. D. José Amador de los Rios.
Sr. D. Diego Herreros.
Sr. D. Josè Lorenzo Figueroa.
Sr. D. Jose Fernandez.
Sr. D. Josè Montadas.
Sr. D. Feliz Uzuriaga.
Sr. D. Gabriel Estrella.
Academia literaria.
Sr. D. Pascual José de Cozar.
Sr. D. Juan Miguel Arrambide.

Sr. D. José Manuel Justiniano.
Sr. D. Josè Maria del Rio.
Sr. D. José Benjumea.
Sr. D. Josè Dominguez.
Sr. Conde de Peñaflor.
Sr. D. Manuel Maza Pedrueca.
Sr. D. Antonio Carrasco.
Sr. D. Domingo Uriurtua.
Sr. D. Antonio Leal.
Sr. D. Pedro Fuen-mayor.
Sr. D. Juan Urbano Sanchez.
Sr. D. Tomas Llaguno.
Sr. D. Manuel Llandiola.
Sr. D. Manuel Arcos.
Sr. D. Casimiro Iñigo.
Sr. D. Antonio Rasilla.
Sr. D. José Lisasí y La Corte.
Sr. D. Antonio Escudero.
Sr. D. Francisco de Paula Barba.
Sr. D. Cristobal Roman.
Sr. D. Diego Leglisa.
Sr. D. José Gaipo.

Sr. D. Rafael Ugarte.
Sr. Francisco Mensaya.
Sr. D. José Joaquin Ojeda.
Sr. D. Manuel Ardois.
Sr. D. José Michelena.
Sr. D. Juan Rueda.
Sr. D. José Perez Albarado.
Sr. D. Manuel Siguri.
Sª Dª Maria de las Aguas La Madrid.
Sr. D. Manuel Andérica.
Sr. D. Cayetano de las Casas.
Sr. D. José Carnebali.
Sr. D. Nicolás Moliní.
Sr. D. Luis Alcon.
Sr. D. Agustin Izquierdo.
Sr. D. Antonio Aguilar.
Sr. D. Juan Gobantes Vizarron.
Sr. D. Fernando Blanco White.
Sr. D. José Rosado.
Sr. D. Manuel Espejo.
Sr. D. Fernando Vega.
Sr. D. Ignacio Cepeda.

Sr. D. José Zorzano.
Sr. D. José Vera.
Sr. D. Pedro Sierra.
Sr. D. Gabriel Sousa.
Sr. D. Gabriel Lozano.
Sr. D. Cristobal Torres.
Sr. D. José Galvez.
Sr. D. José Espinosa.
Sr. D. Joaquin Adrian.
Sr. D. Manuel Luis de la Pila.
Sr. D. Manuel Gomez Mora.
Sr. D. Francisco Lopez de Roda.
Sr. D. José Santana.
Sr. D. Benito Garcia de la Rubia.
Sr. D. Ventura Camacho y Carbajo.
Sr. D. José Galvez.
Sr. D. José La-fuente.
Sr. D. Manuel Berdalonga.
Sr. D. Pedro Garcia.
Sr. D. Luciano Perez de Acebedo.
Sr. D. Francisco de Paula Diaz.
Sr. D. Fernando Cabezas.

Sr. D. Manuel Bayo y Sologurén.
Sr. D. José Espinosa de los Monteros.
Sr. D. Manuel Herreros.

FUERA DE ESTA CAPITAL.

Sr. D. Rafael Mitjana.
Sr. D. Bernardo Vergara.
Sr. D. Luis Olona.
Sr. D. Antonio Mariscal.
Sr. D. Josè Morales.
Sr. D. Francisco Alcalá.
Sr. D. Manuel Pineda.
Sr. D. Juan Nepomuceno Criado.
Sr. D. Rafael Valdelomar.
Sr. D. Juan Nepomuceno Centurion.
Sr. D. Lorenzo Calderon.
Sr. D. Agustin Salido.
Sr. D. Luis Montes.

Sr. D. Alverto Lista.

Sr. D. Alfredo Camus.

Sr. D. Alejandro Llorente.

Sr. D. Francisco Flores Arenas.

Sr. D. Manuel La-Corte.

Sr. D. Pedro Labat.

NOTA.—Aun no me han llegado las listas de algunas provincias, por lo que me privo del gusto de poner en esta las personas que me favorezcan.